

Marcela Terrazas y Basante
Gerardo Gurza Lavalle

*Las relaciones México-Estados Unidos,
1756-2010.*

*Volumen I. Imperios, repúblicas y pueblos
en pugna por el territorio 1756-1867*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas, Centro de
Investigaciones sobre América del Norte/Secretaría
de Relaciones Exteriores

2012

523 p.

Ilustraciones, mapas

(Historia Moderna y Contemporánea, 58)

ISBN 978-607-02-3456-1 (obra completa)

ISBN 978-607-02-3468-2 (volumen 1)

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de agosto de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/mexusa/v1imperios.html>

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

II

HACIA EL REORDENAMIENTO DE LAS RELACIONES: LAS GUERRAS CIVILES 1860-1867

Una década crucial

El decenio de 1860 será de grandes transformaciones para México y para Estados Unidos. En un paralelismo inusitado, ambos países sufren crisis internas muy profundas, las cuales culminan en cruentos enfrentamientos civiles y en una guerra internacional, en el caso de México. Las guerras civiles no le son extrañas a este último, pero en Estados Unidos el orden institucional creado por la Constitución se derrumba por primera vez desde 1787, al mostrarse completamente incapaz de contener las crecientes tensiones entre el norte y el sur. El conflicto de los estados libres con los esclavistas, latente desde la independencia, finalmente tendrá que resolverse de manera armada. Entretanto, en México termina la Guerra de Reforma, pero da inicio la llamada intervención tripartita, a cargo de Francia, Inglaterra y España, misma que al cabo de algunos meses se revelará ya claramente como una iniciativa de Napoleón III para apoyar al bando conservador en su pugna contra los liberales y establecer un régimen monárquico.

Hablar de crisis paralelas no significa que los conflictos domésticos se hayan desarrollado de forma aislada. Por el contrario, ambos conflictos se encuentran entrelazados desde el inicio: de no ser por la Guerra Civil, la Intervención Francesa en México seguramente nunca se hubiese llevado a cabo, pues Napoleón III lanza su proyecto mexicano contando con que la guerra intestina obligará a Estados Unidos a mantenerse pasivo. Asimismo, los líderes de la Confederación comprenden bien que su lucha por la independencia es muy útil para los franceses, y tratan de intercambiar con Napoleón una disposición favorable al proyecto monárquico en su vecino del sur por el reconocimiento diplomático de su gobierno.¹

¹ Los estados que se separaron de la Unión durante la Guerra Civil adoptaron el nombre oficial de Estados Confederados de América. Aquí nos referiremos a ellos simplemente como “la Confederación”.

De este modo, en el ámbito de las relaciones México-Estados Unidos el juego diplomático no fue exclusivamente bilateral, pues involucró a cinco grandes actores: la Unión Americana, la Confederación sureña, el gobierno liberal republicano de México, su contraparte conservadora-monárquica y, por último, Francia, cuyo papel como patrocinador del Imperio Mexicano era determinante para todos los demás actores. Si a esto agregamos la diplomacia local que se desarrolló en la frontera México-Texas —no completamente desconectada del ámbito nacional, pero dirigida por actores locales y con un grado considerable de independencia—, tenemos un cuadro de enorme complejidad, en el que las relaciones se movieron en planos distintos y obedeciendo a una lógica multilateral.

Se da así una compleja imbricación entre los desarrollos domésticos en cada país y las relaciones con el vecino. Al superar ambos países sus profundas crisis internas, mismas que llegan a poner en riesgo su permanencia como entidades políticas, la relación bilateral pasará también a una nueva etapa.

La Guerra Civil estadounidense

El 20 de diciembre de 1860, una convención soberana de Carolina del Sur, de manera tradicional uno de los estados más radicales en cuanto a la defensa de la esclavitud, pasó una ley que declaraba disuelto el pacto federal entre dicha entidad y el resto de la Unión.² Durante las primeras semanas de 1861, Misisipi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Texas siguieron un curso similar, de modo que para febrero de 1861 todos los estados del llamado “sur profundo” habían declarado su rompimiento con la Unión, y enviado delegados a una asamblea constituyente a Montgomery, Alabama, con miras a la organización de un nuevo gobierno. Los delegados ahí reunidos redactaron una nueva Constitución y diseñaron la estructura de un nuevo gobierno con sorprendente rapidez. Se trataba, es útil mencionarlo, de las entidades con mayor proporción de esclavos en su población —cercana o superior al 50%, en varios casos— y también las más dependientes económicamente del cultivo del algodón y de otros productos de plantación, como la caña de azúcar y el arroz.

2 Para el radicalismo excepcional de Carolina del Sur, véase Lacy K. Ford, *Origins of Southern Radicalism: the South Carolina Upcountry*, Nueva York, Oxford University Press, 1988, p. 99-144; William W. Freehling, *Prelude to Civil War: the Nullification Controversy in South Carolina 1816-1836*, Nueva York, Harper & Row, 1965, p. 23 y ss.

Los demás estados sureños entran a una etapa de difícil indecisión. El triunfo de Abraham Lincoln en las elecciones presidenciales también inspira descontento y serios temores en Virginia, Carolina del Norte, Tennessee y Arkansas, pero la mayoría de sus políticos no cree que la victoria republicana en las urnas sea por sí sola motivo suficiente para quebrantar la Unión. Aunque hay minorías de secesionistas radicales en todos estos estados, la mayoría de los votantes es “unionista condicional”, es decir, desea permanecer en la Unión siempre y cuando la nueva administración no tome medidas extremas, como emplear la fuerza para someter a los estados secesionistas. Su intención es dar tiempo a los políticos de Washington con la esperanza de que sea posible la negociación de algún arreglo. Sin embargo, cuando los confederados bombardean el fuerte Sumter en la bahía de Charleston, Carolina del Sur, para impedir una misión de aprovisionamiento a cargo de la marina federal, la tensa calma imperante desde la elección de Lincoln se rompe. La guerra comienza y el llamado de Lincoln a 75 000 voluntarios para iniciar las hostilidades contra los secesionistas da a los estados indecisos hasta ese momento motivo suficiente para cambiar sus lealtades y unir su suerte a la de la nueva república sureña. Aun así, los estados esclavistas “fronterizos” —Maryland, Delaware, Kentucky y Misuri— permanecen en la Unión, si bien algunos de ellos experimentan severos conflictos y división interna.³ (Véase mapa 15.)

La nueva nación sureña, ahora con once estados miembros, pronto muda su capital a Richmond, Virginia, una urbe más grande y con mayores recursos e infraestructura productiva que la provincial Montgomery, y en tal virtud candidata más digna a convertirse en primera ciudad de la flamante república esclavista. No obstante, la mudanza también implica situar la sede de los poderes confederados a una distancia peligrosamente cercana al enemigo, pues se encuentra a tan sólo 160 kilómetros de la capital federal. Por lo tanto, Virginia pronto se convertirá en el blanco de ejércitos invasores y en escenario principal de los choques armados en el teatro oriental de la guerra. Empezando con la batalla de Bull Run, en julio de 1861, la Unión empleará numerosos ejércitos y recursos enormes en el esfuerzo para tomar Richmond; los confederados perderán también muchos hombres y provisiones en defenderla.⁴

3 Este breve resumen de la crisis que desemboca en la Guerra Civil se basa en James M. McPherson, *Battle Cry of Freedom: The Civil War Era*, Nueva York, Oxford University Press, 1988; Daniel W. Crofts, *Reluctant Confederates: Upper South Unionists in the Secession Crisis*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1989; David M. Potter, *The Impending Crisis, 1848-1861*, Nueva York, Harper & Row, 1976.

4 Emory M. Thomas, *The Confederate Nation 1861-1865*, Nueva York, Harper & Row, 1979, p. 100-101.

México: fin de una guerra, principio de otra

Mientras en Estados Unidos se cocina un enfrentamiento civil de gran envergadura, en México las fuerzas liberales toman la capital del país en enero de 1861. A pesar de la victoria liberal sobre los conservadores después de tres años de guerra, el gobierno de Benito Juárez enfrenta una situación sumamente difícil: el erario está vacío y el producto de la venta de los bienes confiscados a la Iglesia no rinden los frutos esperados. Asimismo, bandas armadas de conservadores sostienen una guerra de guerrillas muy destructiva y también vengan su derrota mediante el asesinato de líderes liberales, como Melchor Ocampo. Los mismos liberales empiezan a dividirse después del triunfo, pues Juárez enfrenta la oposición de los liberales más radicales en el Congreso, mientras que otros esperan quitarlo de la presidencia en las próximas elecciones, apoyando para ello la candidatura de Miguel Lerdo de Tejada.

La situación doméstica se complica con una crisis internacional pocos meses después. Empujado por la necesidad extrema de recursos, el gobierno liberal decide suspender el pago de intereses de la deuda exterior. Esta medida, efectiva a partir del 13 de julio de 1861, mueve a Francia, Inglaterra y España, los principales acreedores del Estado mexicano, a suspender relaciones diplomáticas. Los tres gobiernos europeos empiezan también a estudiar la manera de obligar a México a cumplir con sus compromisos, y éste es el origen de la expedición tripartita que devendrá posteriormente en la intervención del ejército francés y su apoyo al proyecto monárquico de los conservadores.⁵

De esta manera, tanto para México como para Estados Unidos, la década de 1860 marca una etapa crucial de definición política, económica y social, y este proceso de profundos cambios a nivel interno también afecta de manera fundamental las relaciones entre ambos países.

Mecanismos y formas de vecindad

Fronteras

La Guerra Civil estadounidense provoca una intensificación espectacular de los contactos, las relaciones y las actividades a lo largo de la frontera con

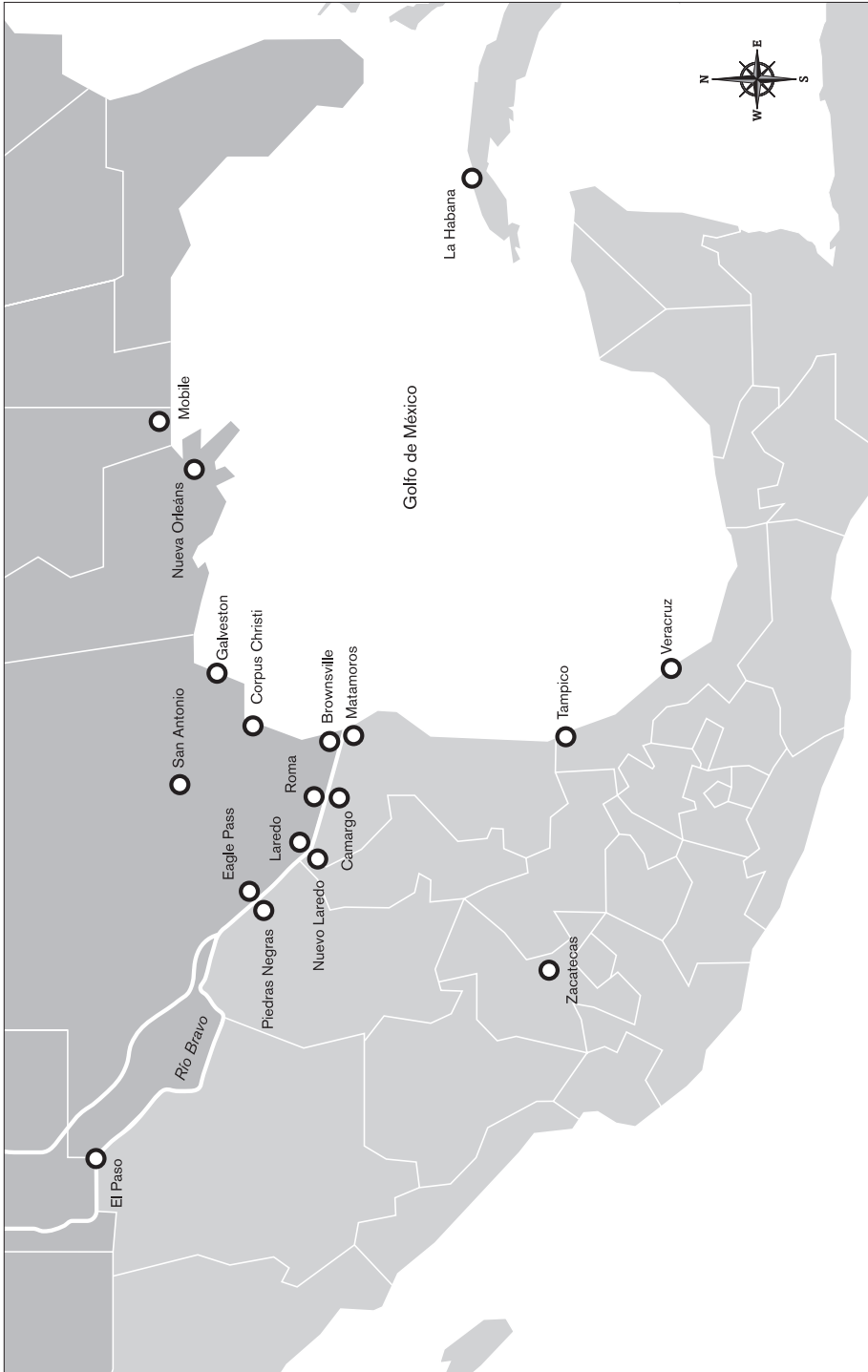
5 Walter Vinton Scholes, *Política Mexicana durante el régimen de Juárez, 1855-1872*, México, FCE, 1972, p. 86-111.

México, muy especialmente en las riberas del río Bravo. Antes de 1861, ésta era un área escasamente poblada y mal comunicada —no había línea de ferrocarril ni en el lado mexicano ni en el lado texano—, pero cobrará una enorme importancia a partir de la secesión de los estados sureños.

El motivo fundamental del nuevo carácter que toma la zona del río Bravo es la implementación de un bloqueo marítimo por parte de las fuerzas navales de la Unión a lo largo de toda la costa de los estados rebeldes. El bloqueo es decretado por Lincoln al inicio mismo de la guerra, en abril de 1861, y tiene por objeto obstaculizar el comercio internacional de la nascente Confederación. La capacidad industrial del sur es limitada, así que puede preverse que necesitará importar buena parte de su armamento y otros pertrechos. Asimismo, el gobierno de la Unión desea impedir que continúen las exportaciones de algodón, principal fuente de riqueza y de dinero metálico de los estados meridionales. Durante todo el periodo previo a la Guerra Civil, el algodón sureño ha sido el principal artículo de exportación estadounidense. Por tanto, el potencial del algodón para financiar el esfuerzo de guerra confederado es considerable y es crucial para la Unión tratar de impedirlo.

Sobra decir que es más fácil ordenar una medida de esta naturaleza que llevarla a cabo. Bañada tanto por el Golfo de México como por el océano Atlántico, la costa de los estados confederados se extiende a lo largo de miles de kilómetros y cuenta con más de diez puertos de importancia. Al inicio de la guerra, la marina del norte simplemente carece de la capacidad para bloquear con eficacia todo ese litoral —de hecho, nunca la tiene, pero el bloqueo se hace más vigoroso y cerrado al avanzar el conflicto—. Aun así, para la Confederación es de gran importancia contar con una avenida comercial que no esté sujeta al bloqueo, y la encuentra en la desembocadura del río Bravo. En virtud del Tratado de Guadalupe Hidalgo, la navegación en dicho río es libre para ambas naciones, de modo que la Unión no puede bloquear su salida al mar. Esto constituye una excelente oportunidad para la Confederación, la cual pronto desarrolla un comercio exterior abundante y fructífero en el área.⁶ (Véase mapa 20.)

6 Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera. Los Estados Confederados de América y su política exterior hacia México, 1861-1865*, México, Instituto Mora, 2001, p. 78.



Mapa 20. El Golfo de México.

El encargado de promover y organizar este comercio es José Agustín Quintero, un expatriado cubano que se establece en Texas a principios de los años cincuenta, y que posteriormente se adhiere a la causa confederada. Quintero es comisionado por el Departamento de Estado sureño para marchar a Monterrey y entablar relaciones con Santiago Vidaurri, el gran cacique del noreste mexicano y gobernador de Nuevo León y Coahuila, unificados como un solo estado desde 1857. Debe mencionarse que, en un principio, la dirigencia confederada no prevé el potencial comercial de la misión de Quintero. Su nombramiento está encaminado más que nada a mantener la paz y el orden en la frontera, pues se teme que la retirada de la guarnición federal encargada de vigilar la línea ocasione una intensificación de las actividades criminales. El gobierno de Richmond está advertido de que los estados del norte de México se manejan con gran independencia del centro y, por tanto, considera conveniente tratar directamente con ellos. Se elige a Quintero debido a que éste conoce a Vidaurri desde algunos años atrás, durante una breve estancia del gobernador neoleonés en Texas, antecedente que parece abonar el terreno para una recepción favorable y relaciones cordiales.

Las expectativas del enviado sureño se ven más que satisfechas después de su llegada a Monterrey en junio de 1861. En las conversaciones que sostiene con el cacique regiomontano, Quintero no sólo obtiene seguridades de una disposición amistosa hacia la Confederación, sino también recibe una propuesta que lo deja sorprendido: después de hablarle con toda franqueza de su inconformidad con el gobierno de Juárez y de la carencia de prospectos favorables de prosperidad y orden para su estado dentro de la federación mexicana, Vidaurri le expresa sus deseos de incorporar Nuevo León y Coahuila a la Confederación, y le pide que transmita esa oferta a sus superiores. Quintero considera tan delicada la proposición que decide viajar a Richmond para comunicarla personalmente al secretario de Estado.

¿Qué motivos llevan a Vidaurri a hacer una oferta como ésta? ¿Se trataba de un ofrecimiento sincero? Es difícil saberlo con exactitud. Lo primero que debe tomarse en cuenta es que sus relaciones con el gobierno federal son bastante tensas en ese momento —y seguirán empeorando aún más en los años subsecuentes—, sobre todo a causa de la obstinada negativa de Vidaurri de remitir a la ciudad de México los ingresos aduanales que se recaudan en su jurisdicción, y también debido a su tenaz resistencia a acatar cualquier medida del centro que no convenga a sus intereses, desde el nombramiento de nuevos funcionarios para las aduanas hasta la presencia de tropas federales cerca de



Figura 45. Retrato de Santiago Vidaurri, gobernador del estado mexicano de Tamaulipas, en Lawrence T. Jones III, *Texas Photographs*, Southern Methodist University, Central University Libraries, De Golyer Library.

su coto de poder.⁷ Es posible que Vidaurri previera desde ese momento una ruptura con el gobierno de Juárez, y que su intención fuese asegurar el apoyo militar de la Confederación para ese enfrentamiento a cambio de una promesa de anexión futura. De hecho, Vidaurri señala claramente a Quintero que, si el gobierno de Richmond está interesado en su propuesta, sería necesaria una pronta asistencia militar desde Texas. Por otro lado, tampoco puede descartarse que Vidaurri efectivamente desee unirse a la nueva república sureña, motivado quizá por la convicción de que los intereses de su región son incompatibles con los del centro.⁸ Cualquiera que sea el caso, la oferta es recibida

con extrañeza por el gobierno confederado, el cual responde con una negativa clara, aunque en términos cordiales.⁹ (Véase figura 45.)

Esta repulsa no afecta la disposición favorable de Vidaurri, quien además ofrece a Quintero facilidades para que la Confederación pueda importar armas y otros aprovisionamientos a través del territorio bajo su jurisdicción. La oferta tendrá consecuencias importantes y hará de la modesta misión de Quintero una de las más eficaces y benéficas para la causa confederada.

7 Estas actitudes de Vidaurri pueden observarse en su correspondencia. Santiago Roel, *Correspondencia particular de D. Santiago Vidaurri, gobernador de Nuevo León (1855-1864)*, v. 1, p. 45-47, 52-59, 67-68. Véase también Arturo Gálvez Medrano, *Regionalismo y gobierno general. El caso de Nuevo León y Coahuila. 1855-1864*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 1993, p. 160-161.

8 Ésta es la opinión de Ronnie C. Tyler, *Santiago Vidaurri and the Southern Confederacy*, Austin, Texas State Historical Association, 1973, p. 57-58.

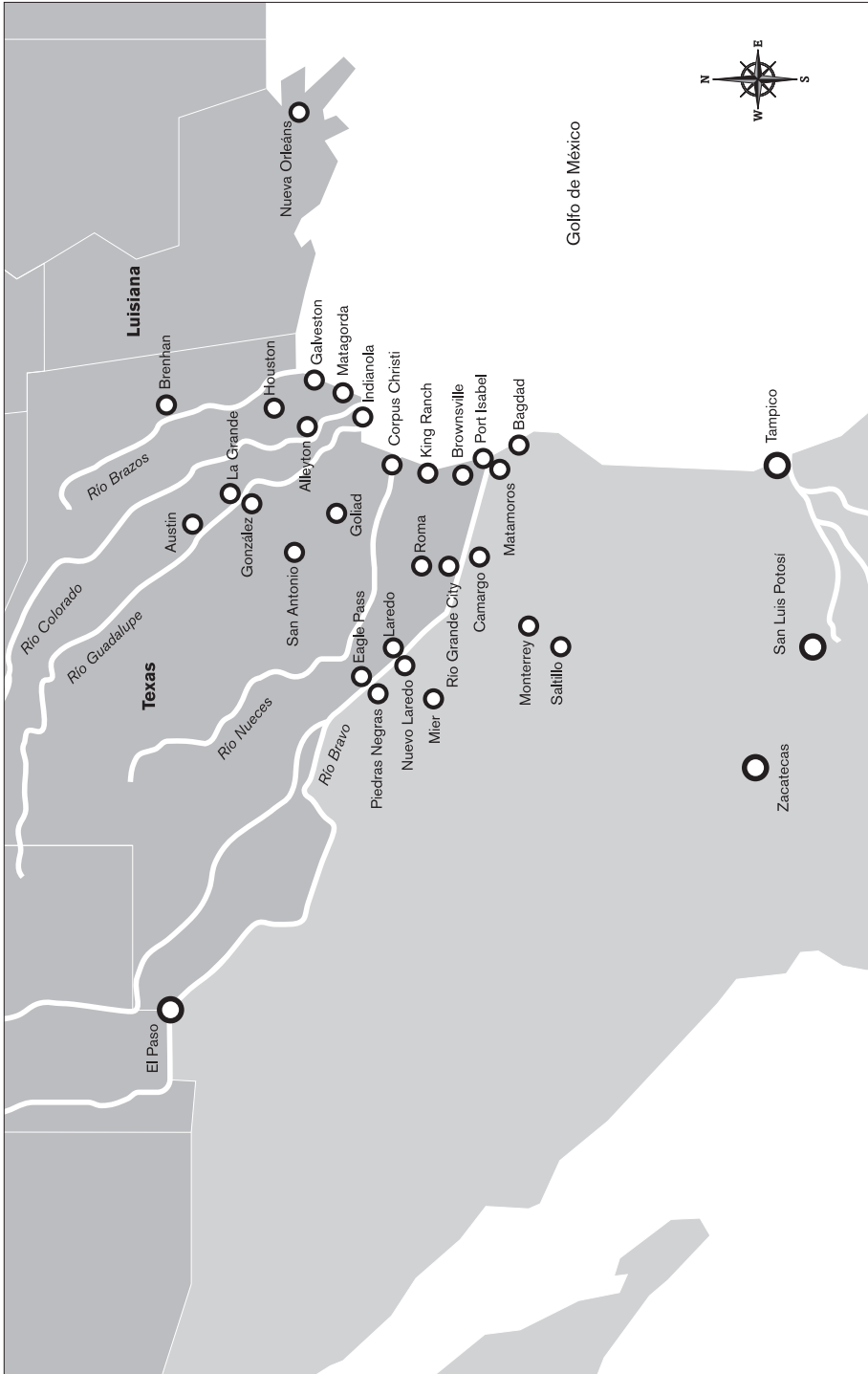
9 Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera...*, p. 74-77.

Interacción económica

Quintero prueba ser un promotor muy activo del comercio y encuentra en el lado mexicano empresarios y comerciantes sumamente dispuestos a surtir la demanda confederada de un sinfín de productos. Para fines de 1861 ingresan a la república esclavista por el sur de Texas grandes cantidades de azufre, plomo, salitre, pólvora, mantas, zapatos, cueros y pieles, cobre, hoja de lata, azúcar y harina de trigo. En sentido inverso, cientos de carretas transportan pacas y más pacas de algodón a poblaciones ribereñas como Brownsville, Laredo e Eagle Pass para intercambiarlas por todas esas mercancías. Asimismo, Matamoros y Bagdad, ambos cercanos a la desembocadura del río, se convierten en puertos de depósito para el algodón que se trocará por artículos europeos. A principios de 1863, el agente comercial confederado en Matamoros reporta a su gobierno que las bodegas de ese lugar se encuentran atestadas de géneros en espera de ser transportados a Texas, mientras que en la desembocadura del río hay 88 barcos esperando su turno para cargarse de algodón. Esta actividad comercial tan intensa transforma la fisonomía de la zona fronteriza: en el transcurso de unos meses Matamoros y otras villas antes poco importantes se llenan de gente y de mercancías. Los edificios y casas no se dan abasto, el precio de las rentas se dispara y se levanta una multitud de edificaciones, algunas sólidas y otras provisionales. El minúsculo puerto de Bagdad, aunque completamente inadecuado para este volumen de comercio debido a la presencia de una barra de arena en su costa que impide a los barcos aproximarse, se convierte en destino de una gran cantidad de barcos —contando en una ocasión hasta 400, según un reporte— y tiene que dar acomodo a 15 000 personas. Matamoros, por su parte, pasa de 9 000 a 40 000 habitantes en poco tiempo.¹⁰ (Véanse mapa 21 y figura 46.)

¿Qué tan importante fue este comercio? Lamentablemente, no ha sido posible realizar una estimación cuantitativa confiable, pues se trata de un co-

10 Annie Cowling, “El comercio durante la Guerra de Secesión en el bajo río Grande”, y Robert W. Delaney, “Matamoros, puerto de Texas durante la Guerra de Secesión”, ambos en Mario Cerutti y Miguel A. González Quiroga (comps.), *Frontera e historia económica. Texas y el Norte de México (1850-1865)*, México, UAM/Instituto Mora, 1993, p. 78-87 y 97-111, respectivamente; L. Tuffly Ellis, “Maritime Commerce of the Far Western Gulf, 1861-1865”, *Southwestern Historical Quarterly*, v. 77, 1973, p. 167-226; Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera...*, p. 78-81.



Mapa 21. Texas y el noreste de México.

mercio coyuntural, desordenado, y no se conservan registros precisos. Tampoco sabemos qué proporción de las importaciones sureñas son productos mexicanos, pues muchas de las mercancías introducidas en Texas vienen de Europa y sólo transitan por territorio mexicano. Con todo, los reportes de los agentes diplomáticos en la zona, tanto confederados como de la Unión, así como las conclusiones de los estudios más cuidadosos, sugieren que el comercio fue significativo para los secesionistas, y también muy redituable para comerciantes y productores mexicanos como Patricio Milmo y Evaristo Madero, quienes amasan grandes fortunas. Para Vidaurri, quien como ya se mencionó no remite los recursos de sus aduanas a las cajas federales, el comercio es una valiosa fuente de ingresos, los cuales suman, según cálculos de Quintero, hasta 50 000 o 60 000 dólares mensuales sólo a través de la garita de Piedras Negras. Más todavía, Vidaurri es suegro de Patricio Milmo, y está asociado con él y con Evaristo Madero en el comercio de harinas, por lo que también se beneficia en sus intereses privados.¹¹



Figura 46. Vista de Matamoros desde la torre de la iglesia, *Leslie's Illustrated Newspaper*, 5 de diciembre de 1863, en "Maritime Commerce in the far Western Gulf, 1861-1865", *Southwestern Historical Quarterly*, v. 77, 1973, p. 200.

En cuanto al esfuerzo de guerra confederado, todo parece indicar que los frutos del comercio mantienen bien abastecidas a las fuerzas rebeldes del área que se denomina "Departamento del Trans-Misisipi", el cual comprende a Luisiana, Texas y Arkansas. Sin embargo, es necesario evitar una estimación exagerada del efecto del comercio texano en la capacidad de resistencia confederada. La zona del sur de Texas carece de ferrocarriles por lo que todos los bienes importados, y el algodón en sentido inverso, tienen que desplazarse en mulas o carretas a lo largo de una extensión de alrededor de 400 millas

11 William Diamond, "Importaciones del gobierno de la Confederación: Europa y México", en Mario Cerutti y Miguel A. González Quiroga (comps.), *Frontera e historia económica...*, p. 57-77; Mario Cerutti, *Burguesía, capitales e industria en el norte de México. Monterrey y su ámbito regional (1850-1910)*, México, Alianza/UANL, FFyL, 1992; Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera...*, p. 83-86.

para llegar a la terminal más cercana, o bien arriesgar captura por la vía marítima. Además Texas se encuentra lejos de los principales teatros del conflicto armado y aun por tren es difícil transportar aprovisionamientos por distancias de cientos de kilómetros en una red ferroviaria sobrecargada y en creciente mal estado. Esto se hace todavía más difícil a partir de mediados de 1863, cuando la derrota sureña en Vicksburg da al ejército de la Unión un dominio completo del Misisipi. Debido a este revés, la Confederación queda prácticamente partida en dos hasta el final de la guerra, y será todavía más difícil transportar artículos que entren por el sur de Texas a otras regiones de la república esclavista.¹²

Conflictos fronterizos y diplomacia local

La situación de guerra, la intensidad del comercio, el aumento de la población y la presencia de personas de origen diverso y con intereses antagónicos crean problemas inéditos en la zona fronteriza, problemas con los que las autoridades locales no están acostumbradas a tratar, y que tienen el potencial de obstaculizar el comercio y de deteriorar rápidamente no sólo las relaciones entre Vidaurri y la Confederación, sino también aquéllas entre el gobierno federal mexicano y la Unión.

El ejemplo más claro de estos conflictos surge en torno al problema de los refugiados unionistas. Desde el inicio de la guerra, muchos texanos que no simpatizan con la causa confederada y que temen ser víctimas de intimidación y violencia si permanecen en sus comunidades cruzan el río Bravo hacia Tamaulipas y Nuevo León en busca de asilo. Otros muchos, especialmente los de la comunidad alemana de Texas, huyen cuando se aprueba la Ley de Conscripción de 1862, porque ésta hace prácticamente obligatorio el servicio militar. Los cónsules estadounidenses en Monterrey y Matamoros describen en sus informes al Departamento de Estado la penosa situación de estos refugiados, quienes llegan a territorio mexicano sin dinero y frecuentemente sin más pertenencias que la ropa que llevan puesta. Los cónsules hacen lo posible para darles alojamiento y alimentarlos, echando mano incluso de sus propios

12 Para las dificultades de comunicaciones, véase Robert P. Felgar, “Texas durante la Guerra de Secesión (1861-1865)”, en Mario Cerutti y Miguel A. González Quiroga, *Frontera e historia económica...*, p. 90-91. Para la Batalla de Vicksburg y su importancia para la victoria de la Unión, véase James M. McPherson, *Battle Cry of Freedom...*, p. 636-638, 664-665.

recursos. Al tiempo que este flujo migratorio aumenta considerablemente, Quintero reporta con disgusto a su gobierno que todos estos “traidores” se están refugiando en México. Por su parte, Vidaurri y las autoridades tamaulipecas adoptan una política de asilo y no hacen nada para impedir la llegada de más migrantes.

Desafortunadamente, estos refugiados crean una situación explosiva, especialmente en Matamoros, donde se concentran hasta sumar varios cientos. La presencia de una multitud de unionistas, muchos de ellos resentidos por haberse visto en la necesidad de dejar sus casas, y separados de las tropas confederadas acantonadas en Brownsville sólo por la anchura del río Bravo, representa un claro foco de tensión. Encima, el cónsul estadounidense en esa localidad, Leonard Pierce, empieza a formar una milicia con un grupo de refugiados, quienes hacen ejercicios militares a plena luz del día y sin la menor timidez. El objetivo de Pierce es tener lista una pequeña fuerza armada para el momento en que el ejército de la Unión invada Brownsville, acontecimiento que él espera se verifique en el futuro próximo. Los refugiados convertidos en milicianos, por su parte, aguardan ansiosamente la oportunidad de colaborar con cualquier tentativa del ejército de la Unión para reafirmar su autoridad en Texas. Por si eso no es suficiente, según los reportes de Quintero a su gobierno, Pierce también hace esfuerzos para fomentar la desertión entre las tropas confederadas y recluta a forajidos mexicanos para su pequeña milicia.¹³ (Véase figura 47.)

El primer incidente derivado de esta situación se produce en diciembre de 1862: un grupo de hombres armados atraviesa el río hacia territorio texano y ataca a un tren de carretas que transporta mercancías de propiedad gubernamental. Pocos días después, una fuerza de caballería de la Confederación localiza a los culpables cerca de Camargo y, sin pedir autorización, cruza al lado mexicano para atacarlos. En esta incursión, los confederados matan a 18 de los asaltantes y encuentran documentos que supuestamente apuntan al cónsul Pierce como el organizador de la partida asaltante. Temiendo que este incidente sea el origen de una situación de violencia generalizada en la frontera, Quintero viaja a Matamoros para entrevistarse con el gobernador y comandante militar de Tamaulipas y urgirlo a que ordene una vigilancia más cuidadosa. Albino López, el Ejecutivo estatal, le explica que la mayor parte

13 Gerardo Gurza, *Una vecindad efímera...*, p. 94-96.



Figura 47. Panorámica de Matamoros, por John Philips, *Mexico Illustrated*, en "Maritime Commerce in the far Western Gulf, 1861-1865", *Southwestern Historical Quarterly*, v. 77, 1973, p. 200.

de las tropas a su disposición han sido enviadas a Tampico para apoyar al gobierno federal en su resistencia contra los franceses, y que por esta causa carece de hombres en cantidad suficiente para guardar el orden en la frontera. Por lo tanto, le expresa que no se opondrá a futuras incursiones de fuerzas confederadas en el territorio de su estado, siempre que los criminales estén a una distancia corta de la línea divisoria. También la asegura que de probarse la responsabilidad del cónsul estadounidense pedirá de inmediato su remoción.

Observando la buena disposición de López, Quintero promueve un encuentro con el comandante de las tropas confederadas en Brownsville, Hamilton P. Bee. Con Quintero desempeñándose como facilitador, Bee y López inician negociaciones encaminadas a asegurar una colaboración eficaz en la vigilancia y la preservación del orden en la frontera. El resultado es un convenio dirigido a prevenir y a castigar las actividades delictivas en la zona, y también a evitar que los refugiados unionistas abusen del derecho de asilo. El acuerdo exige el uso de un pasaporte expedido por las autoridades para todas las personas que crucen la frontera. Aquellos que no lo porten serán detenidos e interrogados sobre los propósitos de su viaje. Si resultan sospechosos no se les negará la entrada, pero se les obligará a internarse en el territorio al menos treinta leguas. Otra sección del acuerdo da licencia a las fuerzas armadas con-

federadas y tamaulipecas a entrar en el territorio de la contraparte con finalidades punitivas, siempre que ello sea imprescindible para la aprehensión de malhechores, y con la obligación de dar aviso inmediato a las autoridades. Por último, el convenio también prescribe la extradición de criminales comunes. El acuerdo excluye de manera explícita a refugiados, desertores del ejército y esclavos fugitivos.¹⁴

Este convenio está dirigido sobre todo a restringir la libertad de acción de los refugiados y a combatir la impunidad en la frontera. En el caso de los primeros, dado que sólo las autoridades confederadas pueden expedir pasaportes, es obvio que los texanos que ingresen en el futuro en busca de asilo no podrán obtener uno, de modo que estarán sujetos a una mayor supervisión de las autoridades tamaulipecas, e incluso se les podrá obligar a dejar la zona fronteriza e internarse en el territorio. En la parte relativa a la extradición, por otro lado, si bien se excluye a los refugiados, éstos también quedarán sujetos a sus estipulaciones si desarrollan actividades ilícitas, como las que supuestamente patrocina el cónsul Pierce. Los acuerdos carecen de validez legal y se aplicarán sólo gracias a la buena voluntad y buenos oficios de las autoridades locales. Pero su importancia radica precisamente en el papel inédito que esas autoridades tienen que asumir ante las transformaciones que la guerra y el comercio operan en la frontera, y ante la ausencia del poder del Estado federal en un contexto de conflictos armados en ambas naciones.

Movimientos de población

Más allá de la inmigración de un número indeterminado de refugiados unionistas, cuya presencia permanece confinada en gran parte a la zona fronteriza y cuya estancia en territorio mexicano es sólo temporal, los años de guerra en ambos países dan lugar al desarrollo de distintas tentativas de colonización. La primera de ellas es un plan dirigido desde la Casa Blanca para que los cientos de miles de negros que obtengan su libertad a resultas de la Guerra Civil se establezcan en México o en algún otro país latinoamericano. El presidente Lincoln, al igual que muchos miembros de su partido y una gran parte

14 *Ibid.*, p. 97-100; Thomas D. Schoonover, *Dollars over Dominion: The Triumph of Liberalism in Mexican-United States Relations, 1861-1867*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1978, p. 86-87.

del público norteño, considera con fuertes recelos la posibilidad de que los esclavos liberados permanezcan en Estados Unidos. Se piensa que los negros emigrarán en masa hacia las ciudades norteñas y se convertirán en una clase ociosa y parasitaria, subsistiendo sólo gracias a la caridad y la delincuencia. También se teme el aumento de las tensiones y los enfrentamientos entre negros y blancos, especialmente en el sur, donde los libertos tendrán que vivir al lado de sus antiguos amos. El problema de fondo es la incapacidad de la mayoría de la población blanca de concebir la posibilidad de cohabitar en el mismo territorio con 4 000 000 de negros libres. Lincoln y varios de sus colaboradores buscan la solución en un programa de colonización de los libertos en gran escala. México se ve como un destino muy conveniente: su cercanía parece hacer más viable una reubicación masiva de los negros, y el clima de algunas de sus regiones, según los estereotipos raciales en boga durante esa época, supuestamente resultará muy propicio para los libertos. Además, la constante necesidad de recursos del gobierno mexicano podría hacerlo muy receptivo a un proyecto de esta naturaleza.¹⁵ Funcionarios de la administración de Lincoln sondan al ministro mexicano en Washington sobre la disposición de su gobierno para permitir la inmigración de los libertos, y el representante estadounidense en México también lleva a cabo algunas gestiones incipientes. Sin embargo, las enormes dificultades prácticas de semejante proyecto, las cuales van desde vencer la resistencia de los libertos a expatriarse —Lincoln no desea recurrir a una deportación compulsiva— hasta los obstáculos logísticos implícitos en la remoción de millones de personas, hacen que el plan no pase de una etapa meramente exploratoria.¹⁶

De manera un tanto irónica, el plan de colonización que sí llega a mostrar resultados, si bien muy modestos y poco duraderos, es el de atraer la inmigración de los amos de los esclavos: confederados que al final de la Guerra Civil se resisten a vivir bajo el gobierno al que han combatido tan encarnizadamente durante cuatro años. Muchos de estos inmigrantes sureños deciden cruzar el río Bravo antes que caer en manos del ejército de la Unión cuando

15 Véanse las p. 419-421 de este volumen.

16 George M. Fredrickson, *The Arrogance of Race. Historical Perspectives on Slavery, Racism, and Social Inequality*, Middletown, Conn., Wesleyan University Press, 1988, p. 54-72; Gabor S. Boritt, “The Voyage to the Colony of Lincolnia. The Sixteenth President, Black Colonization, and the Defense Mechanism of Avoidance”, *Historian*, v. 37, 1975, p. 619-632.

éste inicia la ocupación del territorio texano. Se trata de soldados que acompañan a sus superiores al país vecino para evitar ser capturados y que tienen la expectativa de incorporarse al ejército imperial. Otros migrantes llegan de manera un tanto más meditada, siguiendo el llamado de Mathew Fontaine Maury, oceanógrafo connotado y oficial de la marina confederada que deviene en comisario de inmigración al servicio del imperio. Maury nombra otros comisionados en algunas ciudades sureñas para atraer migrantes y pone en circulación propaganda favorable a la empresa.¹⁷

El objetivo del proyecto es atraer a los antiguos propietarios de esclavos que, creyendo que la economía de plantaciones carece de futuro en el sur, emigren con sus habilidades y algún capital a lugares propicios para el cultivo de productos como algodón, café o tabaco. De hecho, el plan original está basado en la expectativa de que los libertos se muestren dispuestos a emigrar con sus amos en un carácter muy parecido al de los siervos escriturados. El gobierno de Maximiliano expide un decreto facultando a los inmigrantes para traer “operarios en número considerable de cualquier raza”, y aprueba también un reglamento para normar la relación entre los “operarios” y los patrones. Los últimos quedan obligados a pagar un salario, proveer alojamiento, vestido, alimentos y atención médica a sus trabajadores, quienes a su vez tendrán que prestar sus servicios al patrón que los haya enganchado, cuando menos durante cinco años o diez como máximo. “En caso de desertión”, el operario será detenido por las autoridades y forzado a laborar en obras públicas hasta que el patrón se presente a reclamarlo.

Este reglamento se convierte de inmediato en fuente de controversia, pues se presta a acusaciones en el sentido de que el imperio está resucitando la esclavitud en México con la ayuda de exiliados confederados, interpretación que el ministro mexicano en Washington se encarga de difundir lo más posible con el fin de desprestigiar al imperio. El reglamento deja muy claro que los operarios no serán esclavos, pero al mismo tiempo da una autoridad enorme a los patrones, y se habría prestado fácilmente abusos y a la explotación de una fuerza de trabajo sin libertad de movimiento, mal pagada y con derechos limitados. En cualquier caso, la cuestión de qué tan similar a la es-

17 Andrew F. Rolle, *The Lost Cause. The Confederate Exodus to Mexico*, Norman, University of Oklahoma Press, 1965; George D. Harmon, “Confederate Migration to Mexico”, *Hispanic American Historical Review*, v. 17, 1937, p. 458-487.

clavitud será este esquema resulta irrelevante: en los hechos, muy pocos libertos están dispuestos a embarcarse en semejante aventura, y aquellos que lo hacen dejan a sus amos al poco tiempo. En palabras de un general confederado que logra reclutar a varios de sus antiguos esclavos para establecerse en México: “Todos nuestros negros decidieron abandonarnos en cuanto llegamos. [...] Los negros son inservibles en este país”.¹⁸

El “éxodo” confederado a México resulta en la creación de un puñado de asentamientos en varios puntos del territorio. De la mayoría de ellos se sabe muy poco, pues desaparecen al cabo de unos meses, casi con la misma rapidez con que se fundan. Las colonias más grandes, como Carlota, ubicada cerca de Orizaba y Córdoba, en Veracruz, duran un poco más pero sucumben a los obstáculos económicos y a las dificultades que enfrentan los inmigrantes para adaptarse a la revuelta realidad mexicana. Un número reducido de sureños encuentra empleo provechoso en la construcción del ferrocarril de Veracruz a la ciudad de México, como topógrafos y operadores. Pero la mayoría no tiene otra alternativa que dedicarse a la agricultura de sus pequeñas propiedades y lleva una vida bastante austera. La esperanza de muchos ex combatientes confederados de continuar la carrera de las armas en el ejército imperial se ve frustrada ante la actitud precavida de Maximiliano, quien no quiere dar fundamento a las acusaciones de que en México se prepara un renacimiento confederado. Así, la falta de prospectos económicos favorables, más el recrudecimiento de la guerra intestina en México y la creciente fragilidad del régimen imperial, mueve a muchos de los inmigrantes a regresar a los Estados Unidos.¹⁹ Además, el gobierno estadounidense hace su parte para impedir la salida de antiguos confederados. Temiendo que México se convierta en el refugio de un núcleo poderoso de sureños recalcitrantes, a partir de 1866 Washington ordena la detención de migrantes en la frontera sur de Texas y el arresto de varios agentes de colonización que operan en el sur. Por otro lado, cabe señalar que México, a diferencia de Brasil u otros puntos más distantes de Iberoamérica, se presta bien para llevar a cabo una migración tentativa y temporal, que para muchos confederados dura sólo el tiempo necesario para averiguar qué tipo de acogida pueden esperar si deciden regresar

18 Luis Chávez Orozco, *Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México, 1865-1866*, México, SRE, 1961, p. 89-91; El general Hindman a su esposa, citado por Andrew F. Rolle, *The Lost Cause...*, p. 116.

19 Andrew F. Rolle, *The Lost Cause...*, p. 118.

a sus lugares de origen. Muchos de estos migrantes prefieren repatriarse una vez que se enteran de que no les espera ni la horca ni la prisión.²⁰

La esfera de la agenda bilateral

La agenda de las relaciones entre México y Estados Unidos durante los años de la Guerra Civil es extraordinariamente compleja. Por única vez en la historia de las relaciones, la situación doméstica de ambos países está dominada simultáneamente por agudos conflictos armados, mismos que llegan a poner en riesgo su continuidad como estados e introducen en la agenda diplomática de ambos gobiernos consideraciones no sólo de seguridad, sino de auténtica sobrevivencia. La Unión, por ejemplo, lamenta la intervención francesa y no deja de percibir los riesgos implícitos en la existencia de un protectorado francés en México para su futura seguridad. Sin embargo, la prioridad de Washington es frustrar el proyecto de independencia sureño y, por tanto, está dispuesto a dejar el campo libre a Napoleón III en México, si con ello evita el reconocimiento del gobierno sureño o cualquier tipo de ayuda por parte de Francia. El gobierno liberal mexicano, por su parte, urgido de ayuda pecuniaria y esperando obtenerla del gobierno de la Unión, hace todo lo posible para favorecer al norte, aunque trata de mantener una pantalla de neutralidad entre el norte y el sur. Sin embargo, pasa poco tiempo antes de que las autoridades mexicanas se den cuenta de que Washington hará muy poco para ayudarlas, puesto que desea evitar al máximo un enfrentamiento con Francia. Por tanto, las autoridades mexicanas adoptan también una actitud pragmática: permiten el desarrollo de un intenso comercio en los estados del noreste con la Confederación y aplauden los esfuerzos de Matías Romero en Washington para provocar el descrédito de la política exterior llevada a cabo por William Seward. Como se verá, Romero entra en relaciones estrechas con opositores a las políticas de Lincoln en el Partido Republicano, tales como miembros radicales del partido y otros congresistas interesados en una afirmación más activa de la doctrina Monroe.

20 James L. Roark, *Masters without Slaves: Southern Planters in the Civil War and Reconstruction*, Nueva York, Norton, 1977, p. 121-131.

El norte, el sur y los liberales mexicanos

El conflicto armado entre el norte y el sur plantea la necesidad de redefinir las relaciones con el vecino mexicano, y el gobierno de la Unión es el primero en cobrar conciencia de ello y en tomar acciones en esa dirección. En marzo de 1861, tan sólo unos días después de tomar posesión, la nueva administración nombra a Thomas Corwin como ministro en México. Corwin es uno entre una multitud de antiguos whigs que ha pasado a las filas del Partido Republicano y es elegido para su nuevo cargo debido a la celebridad de su oposición a la guerra contra México; en 1847, como miembro del Senado, pronuncia un polémico discurso en el que condena el expansionismo y justifica la resistencia mexicana. De este modo, el nombramiento de Corwin tiene una clara intención simbólica, pues debe dar muestras de que el ascenso al poder por parte de los republicanos dejará en el pasado los anhelos expansionistas propios de las administraciones demócratas precedentes, cuyas políticas hacia México han estado dominadas por los intereses sureños. La iniciativa es acertada, pues el gobierno de Juárez toma su elección al cargo como un signo positivo. Las instrucciones de Corwin también reflejan claramente las prioridades de Washington en el sentido de cesar las presiones sobre reclamaciones para no debilitar más aún al gobierno liberal y tampoco darle motivos para buscar un acercamiento con los sureños.

Los confederados, por su parte, enfrascados en las dificultades de echar a andar la maquinaria de un gobierno completamente nuevo, tardan más tiempo en ocuparse del vecino del sur. De hecho, es el nombramiento de Corwin lo que los hace reaccionar y darse cuenta de que los esfuerzos de la Unión en México tienen que ser contrarrestados de alguna manera. El peso simbólico de la elección de Corwin no pasa desapercibido para varios observadores sureños. John Forsyth, ministro estadounidense en México de 1856 a 1858, y a la sazón agente confederado en Washington, escribe al presidente Jefferson Davis para llamar su atención sobre los riesgos de dejar libre el campo al gobierno de la Unión en México. Forsyth teme que Corwin tenga instrucciones de proponer una alianza defensiva a su contraparte mexicana, y sugiere que el gobierno sureño envíe también un agente para entablar relaciones amistosas con el gobierno de Benito Juárez. El mismo Forsyth recomienda a John T. Pickett, quien había sido cónsul estadounidense en Veracruz, como el enviado ideal para una misión en México, sugerencia que es debidamente atendida por Jefferson Davis. A Pickett lo recomiendan su estancia anterior en el

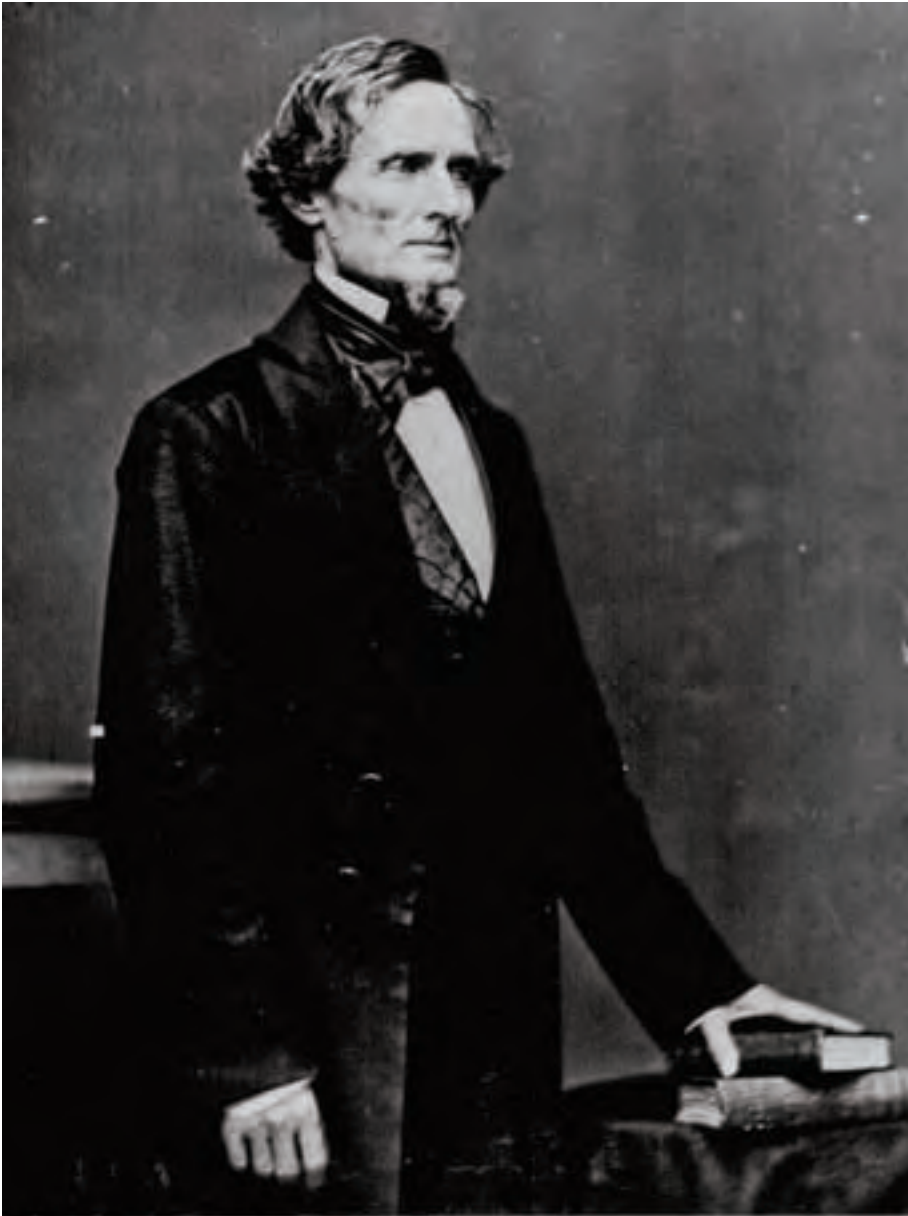


Figura 48. Foto de Jefferson Davis, primero y único presidente de la Confederación, en *Images of the American Civil War*, <www.civil-war.net/cw_images/files/images>.

país y su conocimiento del español y de muchas personalidades del partido liberal mexicano. Debe mencionarse que Pickett había estado en Veracruz mientras el puerto fue la sede del gobierno liberal en la Guerra de Reforma. Sin embargo, Pickett prueba ser una mala elección para desempeñar una misión delicada y difícil, como se verá más adelante.²¹ (Véase figura 48.)

En Washington, mientras tanto, el joven y activo Matías Romero, en su calidad de encargado de negocios de la legación mexicana, observa atentamente la compleja situación política y remite frecuentes y voluminosos informes a sus superiores. Romero, en una actitud que probablemente comparten muchos liberales mexicanos, lamenta la disolución de la federación estadounidense, pues el fracaso norteamericano parece arrojar una sombra de duda sobre los demás experimentos republicanos del continente. No obstante, Romero también se da cuenta de que la división de la que antes fuera la república “modelo” puede deparar a México un futuro más tranquilo y seguro. El norte y el sur, en la previsión de Romero, quedarán debilitados después de la guerra, a más de que las dos repúblicas jamás podrán ser tan vigorosas como su antecesora, y la subsecuente rivalidad entre ambos los neutralizará. En consecuencia, la disparidad de poder con estos dos vecinos será menor, y México estará más seguro.

Estas consideraciones de Romero son válidas e incisivas, pero en la realidad México no está en condiciones de aprovechar la división de su vecino. Como ya se apuntó, el gobierno de Juárez enfrenta crisis muy agudas en el ámbito doméstico e internacional y, por tanto, tiene un margen de maniobra muy reducido. Así, más que usar en su provecho la división de Estados Unidos, México es empujado, de manera prácticamente inevitable, a buscar el apoyo económico de la Unión, el único gobierno que parece tener la capacidad y la disposición de brindárselo. Desde su llegada a México, Corwin remite informes a Washington en los que pinta un cuadro muy alarmante de la situación del gobierno mexicano. En su opinión, sólo el gobierno estadounidense puede hacer algo para evitar la recaída del vecino en un estado de anarquía completa y enfrentamientos civiles. Más todavía, algún tipo de intervención europea a raíz del decreto de suspensión de pagos empieza a verse probable, sobretodo tomando en cuenta que Estados Unidos tiene las manos ocupadas con la re-

21 Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera...*, p. 42-45, 49; Thomas D. Schoonover, *Dollars over Dominion...*, p. 17-21.

belión del sur. Según Corwin, prestar ayuda a México en esta coyuntura es una cuestión de “deber e interés” para Estados Unidos. Por tanto, el ministro sugiere el préstamo de una cantidad suficiente para cubrir el pago de los intereses de la deuda inglesa, y así frustrar con anticipación cualquier tentativa intervencionista. En cuanto a las garantías que el gobierno mexicano tendrá que dar, Corwin afirma que éste no tiene objeción en ofrecer como prenda las tierras públicas y derechos de explotación minera en Baja California, Sonora, Chihuahua y Sinaloa. En caso de incumplimiento, esas tierras pasarán a posesión estadounidense. Cabe mencionar que semanas antes Corwin también sugiere la compra de Baja California como una posibilidad. Aunque el ministro duda que el gobierno mexicano esté dispuesto a vender y tampoco está seguro de que la nueva administración en Washington tenga deseos de adquirir territorios, señala que esa península sería de gran valor para los Estados Unidos y que la presente coyuntura es propicia para obtenerla.

Las opiniones de Corwin encuentran oídos receptivos en Washington. Seward y Lincoln están de acuerdo en que es necesario hacer algo para evitar la “extinción” de la República Mexicana y autorizan a su ministro a negociar un tratado de préstamo en términos muy similares a los que éste sugiere: la asunción por parte de Estados Unidos del pago de intereses de la deuda mexicana con las potencias durante cinco años —el gobierno de México nunca tendría en sus manos el dinero del préstamo, sino que sería pagado directamente a los tenedores de bonos—, garantizado con las tierras públicas y derechos de explotación minera de los estados del noroeste mexicano, cuya propiedad sería transferida al acreedor de no pagarse el capital más intereses en un plazo de seis años. Seward añade una importante condición: Inglaterra y Francia tendrán que aceptar el arreglo y comprometerse a no tomar acciones contra México mientras el interés se pague puntualmente.²²

Esta propuesta es el punto de partida para una serie de complejas negociaciones que se realizan durante los últimos meses de 1861 y los primeros de 1862, con miras a evitar la intervención europea y consolidar la posición del gobierno de Juárez. Lo primero que llama la atención es el hecho de que Corwin parece actuar en contradicción con sus antecedentes antiexpansionistas; no sólo habla de lo deseable que sería adquirir Baja California, sino que también pone el énfasis en que las tierras ofrecidas en prenda por México po-

22 Thomas D. Schoonover, *Dollars over Dominion...*, p. 54-58.

drían pasar a propiedad de Estados Unidos en caso de incumplimiento.²³ El mismo Matías Romero, después de leer los despachos de Corwin —publicados a petición de la Cámara de Representantes—, manifiesta una decepción profunda al conocer sus opiniones, pues éstas desvanecen sus expectativas, “concebidas en vista de sus honrosos antecedentes”, de un mejor trato para México por parte de los republicanos. Es muy posible que Corwin en realidad no haya sido un antiexpansionista convencido, sino que su oposición a la guerra con México se debiera más a la forma abusiva en que se estaban procurando los territorios, o quizá a la previsión de que las tierras adquiridas se convertirán en parte del dominio esclavista. También cabe la posibilidad de que Corwin esté utilizando los argumentos más eficaces para persuadir a Seward, quien es un expansionista visionario y sueña con un continente unido bajo el mismo gobierno —aunque siempre subrayando que esto ocurrirá por medios pacíficos y voluntarios— y en un futuro indeterminado. Corwin también sabe que Lincoln está muy interesado en encontrar un “refugio” para colonizar a los esclavos emancipados, y es claro que manipula este interés para dar peso a sus solicitudes de ayuda pecuniaria a México, pues no deja de mencionar que las tierras públicas que pasen a propiedad de Estados Unidos podrán usarse con ese objeto.²⁴

Por otra parte, debe mencionarse también que en la correspondencia de Corwin se percibe una enorme preocupación por la presencia europea en México y por las consecuencias que una intervención podrá tener para Estados Unidos en el futuro. Éste parece haber sido el temor primordial de Corwin. Antes de dejar a los europeos apoderarse de territorio mexicano o situarse en una posición de control sobre sus asuntos, Corwin prefiere ver a su propio país asumir ese papel. También debe señalarse que para el gobierno de Lincoln, envuelto en la emergencia de la Guerra Civil y con una tesorería sujeta a las demandas exorbitantes del esfuerzo bélico, no es asequible pedir al Senado la aprobación de un tratado para el préstamo de varios millones de dólares sin justificarlo mediante la obtención de alguna compensación suficiente a cambio. El gobierno de Lincoln está atrapado en un dilema: su interés prioritario en la negociación de estos tratados es encontrar alguna forma de evitar

23 Marcela Terrazas y Basante, *Los intereses norteamericanos en el Noroeste de México. La gestión diplomática de Thomas Corwin*, México, UNAM, IIH, 1990, p. 53-57.

24 Thomas D. Schoonover, *Dollars over Dominion...*, p. 56-57.

una intervención europea en México, pero en las urgentes circunstancias domésticas no puede justificar un desembolso de recursos sin obtener nada a cambio. Sin embargo, la insistencia en asegurar garantías adecuadas al préstamo, mismas que podrían convertirse en adquisiciones territoriales, estimulará la intervención europea en vez de frustrarla.

Las negociaciones de Corwin dirigidas a asegurar apoyo financiero al gobierno mexicano dan como resultado dos tratados, el llamado Corwin-Zamacona y el Corwin-Doblado. Mediante el primero, firmado en noviembre de 1861, Estados Unidos otorga un préstamo de 9 000 000 de dólares —cantidad suficiente para pagar durante cinco años los intereses de la deuda mexicana con las potencias europeas, la cual suma 62 000 000 de pesos—. México se obliga a saldar el adeudo en seis años con el 6% de interés, y garantiza el pago con los derechos de explotación minera y todas las tierras públicas de los estados de Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa. El acuerdo incluye la condición de que Inglaterra y Francia no opongan objeción a la firma del mismo y accedan a abstenerse de cualquier acción hostil contra México mientras se paguen los intereses. Dicha condición obliga a Corwin a retirar el tratado poco después, cuando el Congreso mexicano rechaza un convenio negociado con el ministro británico que arregla las diferencias entre ambos países. Asimismo, en diciembre de 1861, el cuerpo expedicionario de las tres potencias acreedoras, Francia, Inglaterra y España, desembarca en Veracruz, haciendo obsoletas las provisiones del tratado. Esto hace necesaria una nueva negociación, la cual culmina en el Tratado Corwin-Doblado, firmado en abril de 1862. Aunque este convenio es bastante similar a su antecesor, el préstamo es de 11 000 000 en vez de 9 000 000, y las garantías de pago son, en este caso, las tierras públicas sin reclamar de todo el país, y no sólo de los estados noroccidentales. Esta ampliación de la garantía es interpretada por varios autores como una muestra de que la codicia estadounidense por los territorios aumenta de manera proporcional a la agudización de los problemas mexicanos y su urgencia de recursos. Sin embargo, aunque la evidencia disponible no aclara esta cuestión, es posible que este cambio haya sido bien recibido por el gobierno de México, pues la ampliación de la garantía a tierras dispersas por todo el territorio, en vez de sólo los estados fronterizos, haría mucho más difícil la traslación de dominio a los Estados Unidos en caso de incumplimiento. Esta interpretación se ve reforzada por el rasgo más novedoso de este tratado: la creación de una comisión mixta, compuesta por tres mexicanos y dos estadounidenses, la cual se encargaría de vender los bienes en prenda y

asegurar que su producto fuese empleado en la amortización del adeudo.²⁵ El convenio se envía a Washington con la esperanza de que el Senado se aboque a su análisis de manera expedita, pero se topa con un entorno muy poco propicio para su aprobación, como veremos más adelante.

Aunque éste sin duda es el tratado más importante por sus implicaciones, Corwin también negocia dos convenios más: uno postal y otro de extradición. Estos tratados son concluidos con poca dificultad y obtienen la aprobación de ambos gobiernos sin contratiempos significativos. El convenio de extradición tiene origen en un deseo bastante añejo de garantizar el orden y una mejor aplicación de la ley en la zona fronteriza, donde durante años criminales y malhechores de ambas nacionalidades prosperan gracias a la inmunidad que ofrece la línea divisoria. Esta inmunidad da lugar varias veces a incursiones de grupos armados que buscan obtener justicia por mano propia, ocasionando serias dificultades y poniendo en riesgo las relaciones pacíficas. Aunque ambos gobiernos habían comprendido la utilidad de un tratado de estas características desde tiempo atrás, las negociaciones no prosperaron debido a la insistencia de los políticos sureños en incluir la devolución de esclavos fugitivos en el acuerdo, condición a la que el gobierno mexicano nunca accede. A la sazón, con la salida del sur de la Unión esa exigencia desaparece y, con ella, el principal obstáculo para la negociación exitosa de un tratado de extradición.

Al tiempo que Corwin y el gobierno de Benito Juárez se ocupan de todas estas negociaciones, John T. Pickett, el agente de la Confederación, también se encuentra en la ciudad de México tratando de adelantar los objetivos de su misión. El gobierno sureño prevé con acierto que México no le extenderá el reconocimiento oficial, por lo que las instrucciones de Pickett le indican que no lo solicite y que busque únicamente entrevistas de carácter privado y extraoficial con los funcionarios mexicanos. En estas conversaciones, Pickett debe transmitir los deseos del gobierno sureño de entablar relaciones cordiales y amistosas y, sobre todo, obtener seguridades de México en el sentido de que observará una neutralidad absoluta en el conflicto entre el norte y el sur. Los objetivos de la misión de Pickett son sencillos y poco ambiciosos, pero sólo en apariencia. En los hechos, la misión confederada enfrentará a un gobierno que, si bien se esfuerza por mantener una neutralidad formal, es claramente parcial a favor del norte.

²⁵ *Ibid.*, p. 60-61, 67-74.

Varios factores explican la inclinación pro unionista del gobierno liberal, pero pueden señalarse tres que inciden de manera decisiva en su actitud. Primero, el temor al expansionismo sureño. Desde la guerra de 1847, y aún antes, los liberales mexicanos asocian las ambiciones expansionistas sobre todo con los políticos y el público sureño. La percepción se ve confirmada durante la década de 1850, con las expediciones filibusteras y otras manifestaciones del interés sureño por agregar más territorio esclavista a Estados Unidos. Estos antecedentes alimentan recelos en el sentido de que el sur, ya sin las amarras que le impone la convivencia con los estados norteros bajo un mismo gobierno, se volcará hacia la zona tropical en una carrera de conquistas en cuanto consolide su independencia. Matías Romero, por ejemplo, llama la atención de sus superiores sobre el contenido del artículo IV de la Constitución de los Estados Confederados de América, en el cual se asienta la posibilidad de anexionar nuevos territorios, en los que la esclavitud será tan protegida como en los demás estados. Para Romero es claro que los sureños “no trata[ban] de disimular siquiera sus planes de extenderse hacia México, e introducir la esclavitud en [su] territorio”.²⁶

En segundo lugar, debe señalarse la afinidad ideológica entre los liberales y los republicanos, así como la admiración que tienen los primeros por la sociedad y la economía norteros. Para los liberales mexicanos, todo lo que representan los Estados Unidos como modelo a seguir se encuentra en el norte, y no en el sur, al que ven anclado a una institución arcaica y opuesta al progreso social. Las aspiraciones liberales de desarrollo económico, político y social se inspiran en el norte. En una perspectiva curiosamente similar a la de los propios republicanos estadounidenses, el sur aparece en la óptica liberal como una excepción, como una desviación de lo auténticamente estadounidense.²⁷ Si en la visión mexicana los Estados Unidos siempre han representado una mezcla de oportunidad y amenaza, puede decirse que la secesión

26 La constitución confederada está reproducida en Jefferson Davis, *The Rise and Fall of the Confederate Government*, v. 1, Nueva York, Da Capo Press, 1990, 559 y ss.; Matías Romero, *Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868*, México, Imprenta del Gobierno, 1870, t. 1, p. 704-705, 689.

27 Thomas D. Schoonover, *Dollars over Dominion...*, p. XIX-XX. Para las opiniones de algunos viajeros liberales en los Estados Unidos, véase *supra*, p. 160-164; Ana Rosa Suárez Argüello, “Soñar la patria desde la distancia: Cuatro viajeros mexicanos en Estados Unidos a fines de la Primera República Federal”, en Nicole Girón (coord.), *La construcción del discurso nacional en México, un anhelo persistente (siglos XIX y XX)*, México, Instituto Mora, 2007, p. 71-104.

del sur facilita a muchos liberales la atribución del lado agresivo y amenazante sólo a esa región, para mirar al norte con mayor simpatía y como representante de las ventajas potenciales de la vecindad.

Por último, pero no menos importante, está la cuestión económica. La perspectiva de obtener apoyo financiero por parte de la Unión pesa mucho en la parcialidad mexicana. Es muy probable que los prejuicios antisureños y el temor al expansionismo basten para asegurarle a la Unión las simpatías del gobierno de Juárez, pero la necesidad de recursos económicos es quizá el incentivo más poderoso para que los liberales mexicanos “flexibilizaran” a favor del norte la línea de neutralidad que deben guardar.

El primer fruto de esta parcialidad es la concesión de un permiso de tránsito por territorio mexicano a tropas de la Unión, desde el puerto de Guaymas, en Sonora, hasta el sur de Arizona. El secretario de Estado Seward pide a Romero que transmita esta solicitud a su gobierno en mayo de 1861. Juárez somete el asunto a la consideración de la Cámara de Diputados, y ésta aprueba el otorgamiento de la licencia a fines de junio. En el debate previo, varios legisladores señalan que la independencia del sur con seguridad se verá acompañada de nuevas amenazas al territorio mexicano y, por tanto, se inclinan por tomar una postura más decidida a favor del norte en la Guerra Civil. La concesión del permiso, agregan, pondrá al gobierno de la Unión en deuda con México, y lo obligará a impedir cualquier represalia que la Confederación pueda tomar por esta causa. No es casual, por supuesto, que al tiempo que se dan estas discusiones en el recinto legislativo Corwin escriba a su gobierno para recomendar la urgencia de un préstamo al gobierno mexicano. Más todavía, el mismo Corwin más tarde usará la concesión del permiso de tránsito como argumento para convencer a sus superiores del “deber” de ayudar a México.

Ya sea por su dudosa utilidad militar o por no incurrir en obligaciones onerosas con el vecino, la Unión nunca hace uso del permiso de tránsito, pero éste se convierte en el asunto central de la misión de Pickett y en el problema que lo hará mostrarse como un agente impulsivo y carente de tacto. Pickett escucha rumores de la concesión del permiso desde su llegada a México, pero no les da crédito, pues los rumores se refieren a una ruta terrestre de Tamaulipas al sur de Texas, y le parece descabellado que el gobierno mexicano se atreva a violar la neutralidad de manera tan flagrante. Pese a que los reportes le parecen poco dignos de crédito, Pickett hace circular la insinuación de que una ruptura tan palpable de la neutralidad será causa suficiente para que la Confederación declare la guerra a México. Al paso de los días, sin embargo,

la insistencia de los rumores lo lleva finalmente a preguntar a Manuel M. Zamacona, a través de un intermediario, si acaso su gobierno ha concedido un permiso de tránsito. Zamacona responde afirmativamente, haciendo la aclaración de que el permiso se concede para el trayecto Guaymas-Arizona, y que el gobierno mexicano tiene entendido que Arizona forma parte de la Unión, por lo que la licencia no viola la neutralidad en modo alguno.

Pickett tiene instrucciones de protestar ante cualquier desviación de un curso de perfecta neutralidad por parte de México y así lo hace, aunque de manera muy mesurada. En una comunicación a Zamacona se limita a explicar que Arizona en realidad es un territorio disputado por ambos bandos, de modo que el gobierno mexicano no puede dar por buena la pretensión del norte al dominio del mismo sin tomar una actitud parcial de manera implícita. Por lo tanto, el permiso sí constituye una violación a la neutralidad, y Pickett manifiesta su esperanza de que se rescinda a la brevedad. Pese al comedimiento y a la suavidad de esta reacción, en realidad Pickett ya ha sacado la conclusión de que el gobierno de Juárez será completamente parcial, y que contrarrestar esa actitud demanda medidas más enérgicas. El enviado sureño inicia contactos con miembros del partido conservador para sondear su actitud hacia la Confederación y para asegurarles que ésta ve con muy buenos ojos el derrocamiento del gobierno liberal. También empieza a propagar rumores amenazantes, declarando en sus conversaciones con otros miembros de la comunidad diplomática que tropas confederadas invadirán el estado de Tamaulipas si no se revoca el permiso. Asimismo, en una nota dirigida a su gobierno expresa la opinión de que ha perdido toda esperanza de mantener la paz con México, y recomienda una incursión armada a Nuevo León y Tamaulipas. Como toda nota diplomática, esta misiva es supuestamente confidencial, pero Pickett deliberadamente pone otras copias en circulación para que su contenido sea conocido por los funcionarios del gobierno mexicano. Días más tarde envía otra nota haciendo exactamente la misma recomendación, pero esta vez no como una medida de disuasión, sino como una sugerencia auténtica a su gobierno de lo deseable de apoderarse de una vez de esa área. Es más, según Pickett, el permiso de tránsito ofrece a la Confederación una “oportunidad de oro” para obtener territorios mexicanos y cumplir “una parte de ese inevitable destino que lo impulsa hacia el sur”.

Esta oscilación contradictoria en la conducta de Pickett, manifiesta en una correspondencia en la que se alternan opiniones conciliadoras y sensatas con pronunciamientos agresivos y alusiones a un expansionismo visionario,

da lugar a muchas dudas en cuanto a sus verdaderos propósitos. Varios historiadores toman los pasajes expansionistas de los despachos de Pickett como evidencia fehaciente de que la Confederación tiene ambiciones territoriales muy claras, y que Pickett obra de conformidad con un plan de política exterior agresivo.²⁸ En realidad, sin embargo, existe evidencia más contundente en el sentido de que los propósitos de la Confederación con respecto a México no van más allá de esperar una neutralidad completa en el conflicto norte-sur y de relaciones cordiales. En primer lugar, resulta difícil creer que la Confederación esté buscando dificultades en su frontera sur al tiempo que está comprometida en una intensa y cruenta lucha por la independencia, misma que le reclama todas sus capacidades y recursos. Además, como ya se mencionó, el gobierno sureño rechaza sin titubeos la oferta anexionista de Santiago Vidaurri, quien a través de José A. Quintero ofrece al gobierno de Richmond la incorporación de Nuevo León y Coahuila a la Confederación. De haber estado embarcada en una carrera expansionista, la dirigencia sureña no hubiera desechado esta oportunidad sin al menos averiguar cuáles eran las condiciones ofrecidas por Vidaurri. Por último, debe tomarse en cuenta también que la gran mayoría de los despachos de Pickett son interceptados —algunos de ellos, debe decirse, a instancias del gobierno de Juárez—. De todas las misivas de Pickett sólo dos alcanzan Richmond. Así, ni Jefferson Davis ni su secretario de Estado están al tanto de la conducta de su ministro. Lo que es más, hay indicios de que Pickett pierde el favor oficial una vez que regresa a su país y remite un juego completo de copias de sus despachos, es decir, después de que sus superiores se enteran de sus muchas imprudencias. Si acaso una república sureña independiente y más consolidada habría puesto en peligro la integridad territorial de México en el futuro es algo que nunca sabremos, y sobre lo que sólo podemos especular. Pero la evidencia disponible sugiere que el gobierno confederado no tenía propósitos expansionistas en el corto plazo, que Pickett actúa con independencia y que su nombramiento es un desatino, lo cual, al parecer, es común en las designaciones diplomáticas del gobierno de Richmond.²⁹

28 Interpretaciones en este sentido se encuentran en Richard B. McCormack, “Los Estados Confederados y México”, *Historia Mexicana*, v. IV, 1966, p. 337-357; J. Fred Rippy, *The United States and Mexico*, Nueva York, F. S. Crofts, 1931; Robert E. May, *The Southern Dream of a Caribbean Empire. 1854-1861*, Athens, University of Georgia Press, 1989; John McCardell, *The Idea of a Southern Nation: Southern Nationalists and Southern Nationalism, 1830-1860*, Nueva York, Norton, 1979.

29 Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera...*, p. 63-67.

La misión de Pickett termina de manera bastante abrupta después de que se enfrenta a golpes con un estadounidense unionista residente en la capital mexicana. Al parecer, Pickett lleva la parte ganadora en el encuentro, pues su contrincante resulta lesionado, lo cual ocasiona el arresto y encarcelamiento del enviado sureño. Aunque Pickett escribe de inmediato a Zamacona y reclama inmunidad diplomática, recibe una respuesta tajante en el sentido de que su contacto con el funcionario mexicano ha sido siempre extraoficial y que en ningún momento se le ha acreditado como agente de otro gobierno. Así pues, Pickett tiene que someterse a proceso judicial y, según relata a sus superiores, puede salir del problema sólo después de pagar un cuantioso soborno. Después de este incidente, Pickett se apresura a dejar el país.

A todas luces, Pickett es un mal nombramiento, producto de la manera improvisada en que el gobierno confederado tiene que llenar una multitud de cargos y también de la necesidad, sumamente nociva, de recompensar con puestos públicos a muchos de los sureños más exaltados y radicales, hombres que habían sido “héroes” en el momento de la secesión, pero que están mal equipados para el momento de construir una república viable. Las misiones confederadas al exterior son llenadas en varios casos por hombres con convicciones pro esclavistas extremas, con opiniones raciales y sociales sumamente conservadoras y, por tanto, no con el material más adecuado para las complejidades diplomáticas. Para ilustrar esto, basta mencionar el caso William L. Yancey, secesionista radical de Alabama que en 1858 encabeza la campaña sureña por la reapertura de la trata internacional de esclavos, y que es elegido como líder de la misión diplomática confederada a Inglaterra. El nombramiento no puede ser más inapropiado si se toma en cuenta que el gobierno británico lleva casi medio siglo en lucha por la supresión de dicho comercio.³⁰

Es difícil saber si una mejor designación hubiera hecho alguna diferencia en la conducta de México, sobre todo tomando en cuenta que, debido a factores ya mencionados, la ventaja de la Unión en el campo diplomático mexicano parece haber sido inatajable desde el inicio. Todas las circunstancias sugieren que el gobierno de Juárez está completamente predispuesto a favorecer a la Unión, y que el prospecto de obtener auxilio pecuniario por parte del gobierno

30 Charles M. Hubbard, *The Burden of Confederate Diplomacy*, Knoxville, University of Tennessee Press, 1998; Frank L. Owsley, *King Cotton Diplomacy. Foreign Relations of the Confederate States of America*, Chicago, University of Chicago Press, 1931; Emory M. Thomas, *The Confederate Nation...*

de Lincoln sólo confirma estas inclinaciones. Por tanto, puede decirse que un agente más discreto y hábil tampoco hubiera podido lograr mucho. No obstante, la posición del gobierno mexicano no permanecerá sin cambios, y un agente más prudente al menos hubiera permanecido en México más tiempo, y hubiera estado en posición de sacar algún provecho del enfriamiento que empieza a caracterizar a las relaciones de México con la Unión.

En efecto, la parcialidad mexicana a favor de la Unión no recibe ninguna recompensa en el corto plazo. En el Senado estadounidense, la discusión del Tratado Corwin-Doblado es pospuesta indefinidamente y nunca se retoma. Las razones principales de este desenlace se encuentran en el desvanecimiento de las expectativas optimistas de que la Guerra Civil será breve, creencia errónea que abrigan tanto nortños como sureños, cada quien previendo una victoria fácil para su bando. Por el contrario, para los primeros meses de 1862 empieza a ser penosamente claro que la guerra será larga y sumamente destructiva, y que demandará todos los recursos disponibles. Esto hace que la ayuda a México pase a segundo plano. Pero más allá de que un préstamo a México implica el desvío de recursos para fines no prioritarios, existe también la reserva de que cualquier medida de auxilio a dicho país pueda provocar un conflicto con Francia. Algunos integrantes del gabinete de Lincoln, al igual que los miembros de Comité de Relaciones Exteriores del Senado, empiezan a temer que el apoyo financiero a México sea tomado por Francia como una medida hostil, sobre todo después de que Inglaterra y España deciden retirarse del escenario mexicano y las intenciones francesas empiezan a dibujarse con más claridad.³¹ Asimismo, varios observadores señalan que las garantías de pago exigidas en el tratado en realidad serán más efectivas para justificar la intervención francesa que para frustrarla, pues serán interpretados como un indicio muy claro de que Estados Unidos desea aprovechar la debilidad de México para adquirir más de su territorio.³²

De esta manera, las expectativas de obtener el préstamo se ven insatisfechas, el gobierno francés queda en libertad para enviar tropas y patrocinar el proyecto monárquico en México, y Washington hace votos para que su pasi-

31 Matías Romero, *Correspondencia de la legación...*, v. II, p. 286-287, 394-396; Howard K. Beale (ed.), *The Diary of Edward Bates, 1859-1866*, Washington, Printing Office, 1933, p. 190-193.

32 Howard K. Beale, *Diary of Edward Bates...*, p. 193; Dexter Perkins, *Historia de la doctrina Monroe*, Buenos Aires, Eudeba, 1964, p. 107.

vidad en ese escenario sea correspondida por la inacción francesa en el conflicto entre el norte y el sur. Tal como lo expresa Matías Romero, con realismo y resignación, en septiembre de 1862, “no tenemos por ahora absolutamente nada que esperar de este gobierno”. Poco después de escribir estas líneas, Romero incluso solicita que se le permita dejar su puesto para regresar a México y unirse al ejército, pues opina que su presencia en Washington es ya completamente inútil.³³

La desesperanza de Romero se convierte en franco disgusto poco después, cuando se entera de que las autoridades estadounidenses permiten a agentes del ejército francés adquirir mulas, carros y otros pertrechos con toda libertad en Nueva Orleans y en Nueva York. Romero acude al Departamento de Estado para manifestar su inconformidad, pero Seward le responde que dicha práctica de ningún modo viola la neutralidad, pues son los mismos franceses los que acuden a comprar las provisiones, y éstas son transportadas en sus barcos. A Romero la conducta del gobierno de la Unión le parece discriminatoria, pues semanas antes las autoridades aduanales de Nueva York impiden la salida de un cargamento de armas destinadas al ejército liberal. Cuando Romero señala a Seward que permitir compras a los franceses e impedirselas a los mexicanos constituye una inconsistencia flagrante, el segundo le replica que había una diferencia enorme entre mulas, carros y provisiones de boca, por un lado, y armas, por el otro. Este desacuerdo da lugar a un intercambio de notas de un tenor considerablemente ríspido entre Seward y el ministro mexicano, al grado de que Romero señala que tiene motivos de sobra para suspender las relaciones, cosa que se abstiene de hacer, siguiendo instrucciones de su gobierno.³⁴

En esta coyuntura, Romero opta por buscar el apoyo de legisladores republicanos que consideran que el Departamento de Estado pone en práctica una política demasiado tímida y complaciente con respecto a Francia. Hombres como el senador de California, James A. McDougall, están deseosos de argumentos para criticar a la administración por su indisposición para afirmar la doctrina Monroe, y aceptan gustosos toda la información que Romero pueda proporcionarles con esta finalidad. Matías Romero logra que McDougall proponga en el Senado una resolución solicitando al Ejecutivo toda la

33 Matías Romero, *Correspondencia de la legación...*, v. II, p. 394-396, 559.

34 *Ibid.*, v. II, p. 370-371, 397, 592, 655-661, 681-682.

correspondencia relativa a la polémica sobre las compras y la neutralidad. Esta resolución es redactada por el propio Romero y es aprobada el 13 de enero de 1863. Días más tarde, con obvio beneplácito de Romero —quien lee el borrador—, McDougall presenta otra resolución en la que condena en términos inequívocos la conducta francesa y la presencia de sus tropas en México. Esta resolución no prospera, probablemente debido a su lenguaje áspero, pero para Romero el simple hecho de que se denoste la política de Seward desde la tribuna del Senado tiene un efecto muy favorable.³⁵

De este modo, el ministro mexicano entra gradualmente en una relación de conveniencia recíproca con los opositores a Seward en las cámaras, y hace lo que puede para ayudar a los republicanos radicales en un intento por forzar la renuncia de Seward del gabinete a fines de 1862. Cabe destacar que el gobierno mexicano nunca le llame la atención por esta conducta, con todo y que Romero declara con toda franqueza que permitía leer su correspondencia oficial a varias de estas personalidades. Romero tampoco recibe ninguna indicación de mantenerse al margen de la política doméstica estadounidense. Por el contrario, en un claro signo de aprobación por parte de sus superiores, Romero es nombrado ministro plenipotenciario en septiembre de 1863 —hasta entonces había sido encargado de asuntos—, después de una breve estancia en México, y es enviado de regreso a Washington con autorización para realizar gastos en iniciativas que den mayor difusión a la invasión francesa y que ganen amigos para la causa liberal en México. Romero hace buen uso de esos fondos y se inicia con bastante habilidad en la práctica del *lobbying*, ofreciendo cenas para senadores, congresistas y miembros del gabinete presidencial en la legación mexicana, la cual el propio Romero muda a una casa más elegante y espaciosa.³⁶ (Véanse figuras 49 y 50.)

Estos esfuerzos de Romero parecen rendir buen fruto: en enero de 1864 John Kasson, congresista de Iowa, comunica a Romero sus planes de enviar una resolución a la Cámara de Representantes condenando la invasión francesa en México. Dicha resolución está redactada en términos menos duros que los de la anterior resolución de McDougall y, por este motivo, Romero piensa que tiene mayores posibilidades de ser aprobada. Pocos días después,

35 *Ibid.*, v. III, p. 114, 123.

36 Robert Ryal Miller, “Matías Romero: Mexican Minister to the United States during the Juárez-Maximilian Era”, *Hispanic American Historical Review*, v. 45, 1965, p. 228-245; Thomas D. Schowner, *Dollars over Dominion...*, p. 116-120.



Figura 49. Fotografía de Matías Romero, en *Images of the American Civil War*, <www.civil-war.net/cw_images/files/images>.

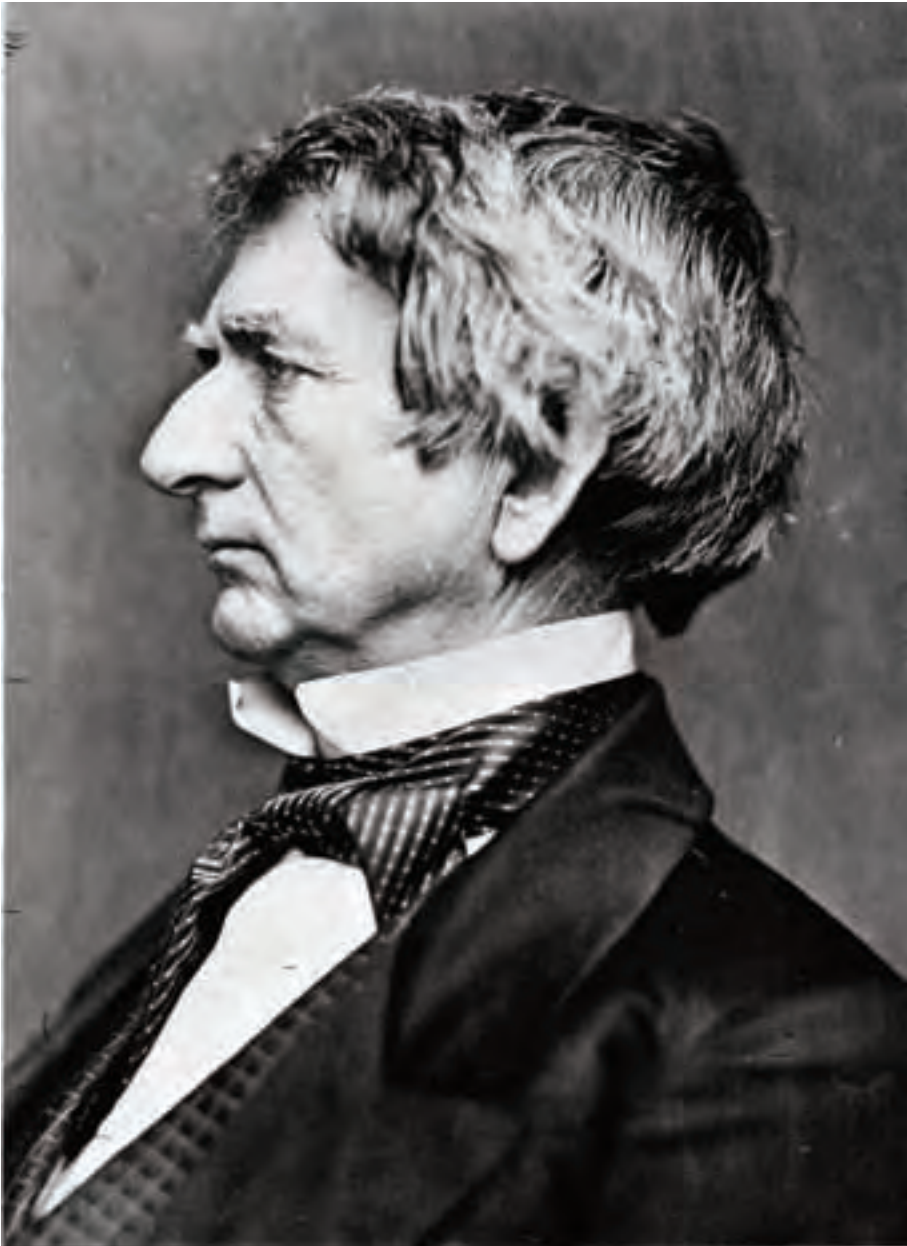


Figura 50. Fotografía de William H. Seward, en *Images of the American Civil War*, <www.civil-war.net/cw_images/files/images>.

Romero se sorprende al recibir una visita de Henry Winter Davis, el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes. Davis le comunica que él someterá también unas resoluciones relativas a la invasión francesa, e incluso acepta un borrador elaborado por Romero para usarlo como base de su propia resolución.³⁷ Finalmente, en abril de 1864, Davis lee su resolución en la Cámara, en la que declara que Estados Unidos no “eran espectadores indiferentes de los deplorables eventos que ahora ocurren en la república mexicana”, y que su política es contraria al reconocimiento de un régimen monárquico “erigido sobre las ruinas de un gobierno republicano y bajo los auspicios de una potencia europea”. Este pronunciamiento se aprueba por unanimidad. Aunque la labor de Romero sin duda contribuye a este resultado, el rechazo generalizado a la invasión francesa por parte de los representantes se debe en buena medida al hecho de que en ese momento Maximiliano ya ha aceptado el trono, lo cual da al proyecto de un protectorado francés en México mayores visos de realidad. Asimismo, la Guerra Civil entra a su último año, y la balanza del conflicto empieza ya a inclinarse a favor del norte. Por otro lado, el deseo de los radicales de condenar la política exterior de Lincoln en un año en que habrá elecciones presidenciales también contribuye.³⁸

A fin de cuentas, Seward se las arregla para restar importancia a la resolución: explica al ministro francés en Washington que se trata solamente de la opinión de una de las cámaras de la legislatura, y que por tanto no tendrá ningún efecto en la política exterior de país, cuya dirección es prerrogativa del Poder Ejecutivo. Con todo, Romero queda muy complacido con los efectos políticos del pronunciamiento de los representantes.

La conducta de Romero es resultado del cambio de postura del gobierno de Juárez, un cambio dictado en buena medida por la necesidad. Cuando resulta claro que su parcialidad por la Unión no recibirá ninguna retribución significativa, las autoridades mexicanas modifican su política. Esto se hace manifiesto también en la actitud del gobierno liberal con respecto al comercio fronterizo con la Confederación y las relaciones extraoficiales en esa zona. En un principio, el ministro de Relaciones solicita a Santiago Vidaurri que haga lo posible por suprimir el intercambio. Muy probablemente, esta solicitud se

37 Matías Romero, *Correspondencia de la legación...*, v. IV, p. 20-21.

38 Thomas D. Schoonover, *Dollars over Dominion...*, p. 120-122.

hace a instancias de Thomas Corwin, pues sus superiores ya le han advertido del éxito de los confederados texanos para adquirir abundantes provisiones por esta vía, y le piden que llame la atención del gobierno de Juárez sobre este asunto. Vidaurri, no obstante, hace caso omiso de esta solicitud y no sólo no impide el intercambio, sino que lo fomenta lo más que puede.³⁹

Sin embargo, la situación cambia una vez que Juárez y su gabinete tienen que salir de la ciudad de México ante el avance de las fuerzas francesas. En junio de 1863, Juárez inicia su larga marcha hacia el norte y empieza a solicitar con mayor insistencia a Vidaurri que contribuya con hombres y dinero al esfuerzo de resistencia. El cacique regiomontano sigue negándose y, pese a sus reiteradas protestas de fidelidad al gobierno, deja muy claro que prefiere que Juárez y las fuerzas militares que lo acompañan se mantengan lejos de su estado. El enfrentamiento definitivo se produce cuando Juárez decide trasladarse a Monterrey. Después de una breve resistencia, Vidaurri huye a Texas y el gobierno republicano se instala temporalmente en dicha ciudad.⁴⁰ Durante esa estancia, las autoridades republicanas pueden recibir directamente el beneficio de los abundantes ingresos aduanales y hacen lo posible para mantener el comercio con la Confederación. Más allá de esto, una cuestión de obvia conveniencia, Juárez recibe en varias ocasiones a Quintero, el agente sureño en Monterrey —incluida una invitación a cenar con el gabinete—, y le ofrece seguridades verbales de que su gobierno observará una neutralidad completa en la Guerra Civil; le garantiza, asimismo, que no permitirá que el convenio de extradición recientemente firmado con el gobierno de la Unión se use para perseguir confederados en suelo mexicano.⁴¹ Sobra decir que estos gestos de buena voluntad no convierten al gobierno de Juárez en pro confederado, pero sí marcan un alejamiento considerable de la hostilidad soterrada que se manifiesta hacia los estados rebeldes en 1861.

De esta manera, los distintos actores modifican sus posturas según circunstancias muy cambiantes en un contexto sumamente inestable. Esta variabilidad ilustra con claridad los límites de las afinidades ideológicas, las cuales, aunque importantes, no son determinantes más que al inicio de la Guerra Civil. El gobierno estadounidense, no cabe la menor duda, prefiere una repú-

39 Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera...*, p. 82-83.

40 José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa*, México, Porrúa, 1966, p. 364 y ss.; Gálvez Medrano, *Regionalismo y gobierno general...*, p. 171-173.

41 Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera...*, p. 108-109.

blica gobernada por mexicanos en su frontera sur; para los liberales mexicanos, por su parte, el prospecto de tener como vecina a una república esclavista y potencialmente expansionista es poco halagüeño, por decir lo menos. Pero el conflicto civil en ambos países, complicado en el lado mexicano por una intervención extranjera, constriñe las opciones para los encargados de definir la política exterior.

Quizá el efecto más imprevisto de estos acomodados circunstanciales es el acuerdo tácito entre Francia y Estados Unidos para no causarse demasiados problemas, arreglo que toma por sorpresa al Departamento de Estado de la Confederación y que redujo considerablemente sus posibilidades de éxito en el frente diplomático internacional.

La Confederación y la Intervención Francesa

Desde mediados de 1862, el Departamento de Estado de la Confederación calcula que la aventura francesa en México terminará, casi de manera inevitable, en el enfrentamiento de Napoleón III con el gobierno de Lincoln. Desde la óptica confederada, no hace falta mucha perspicacia para darse cuenta de que el intento de fundar una monarquía en México con el apoyo de un ejército europeo despertará indignación y rechazo en el norte —no sólo en los círculos gubernamentales sino también a nivel popular—, y que sólo la consumación de la independencia del sur podrá garantizar la permanencia de un satélite francés en suelo mexicano. Con este tipo de razonamientos, el gobierno de Richmond trata de convencer a Napoleón III de que sus verdaderos intereses están claramente identificados con el éxito de la causa sureña.⁴²

El encargado de persuadir al gobierno francés de esta conexión estrecha entre la independencia sureña y el proyecto imperial en México es John Slidell, un político veterano del estado de Luisiana, y el mismo a quien años atrás, en 1846, James Polk envía a México para procurar la negociación y evitar la guerra. La actuación de Slidell en París sigue consistentemente la estrategia de ofrecer a sus anfitriones carta blanca en México con la esperanza de obtener a cambio el reconocimiento diplomático de su gobierno, o al menos algún tipo de intervención en la Guerra Civil, como el desconocimiento de la legalidad del bloqueo de la marina norteña. Poco después de la derrota francesa

42 Frank L. Owsley, *King Cotton Diplomacy...*, p. 527.

en Puebla en mayo de 1862, acontecimiento que frena cerca de un año el avance de las tropas francesas hacia el altiplano central, Slidell se apresura a declarar al ministro de Asuntos Extranjeros que la Confederación no tiene ningún motivo para lamentar la caída del gobierno de Juárez. Por el contrario, tomando en cuenta la incapacidad mexicana para fundar un régimen estable, la Confederación saldrá beneficiada con el establecimiento de un gobierno sólido y responsable en su frontera del sur. Poco después, Slidell aprovecha una entrevista con el emperador para señalar que en esos momentos está pendiente en el Senado norteamericano la discusión de un tratado de préstamo al gobierno de Juárez por varios millones de dólares, y menciona que según algunos rumores un agente de Lincoln había viajado a México con un anticipo de 2 000 000 de dólares. “Si esto es verdad —agrega Slidell— el ejército mexicano pelea ahora contra Francia con recursos proporcionados por la tesorería” de Estados Unidos.⁴³ El rumor es completamente falso y no mueve al gobierno francés a modificar su curso de acción.

Las expectativas confederadas en este sentido no carecen de fundamento. El mismo Maximiliano, cuando empieza a considerar seriamente la posibilidad de aceptar el trono mexicano en 1862, expresa a Napoleón III su convicción de que el éxito del proyecto imperial en México dependerá de que la república sureña pueda mantener su independencia y quedar como un estado amortiguador entre México y el norte. Si, por el contrario, la Unión resultaba victoriosa en la guerra, no podía dudarse que ésta aprovecharía la primera oportunidad para restablecer la vigencia de la doctrina Monroe.⁴⁴ No obstante, pese a evidencia clara de que Maximiliano sí percibe en el éxito confederado garantías de permanencia para su trono, en los hechos tiene que plegarse a la política mucho más cautelosa de su patrocinador, quien no quiere añadir una guerra con Estados Unidos a la ya de por sí pesada carga de la intervención militar en México. (Véase figura 51.)

Aunque Napoleón manifiesta a Slidell abiertamente sus simpatías por la causa sureña en más de una ocasión, nunca se compromete a nada. Siempre deja claro, además, que no dará el reconocimiento diplomático al gobierno confederado de manera individual, sino que esperará a actuar de manera con-

43 Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera...*, p. 118; Charles M. Hubbard, *The Burden of Confederate...*, p. 66 y ss.

44 Egon Caesar Corti, *Maximiliano y Carlota*, México, FCE, 1993, p. 108, 170; Arnold Blumberg, *The Diplomacy of the Mexican Empire, 1863-1867*, Malabar, Florida, Robert E. Krieger, 1987, p. 26.



Figura 51. Fotografía de Maximiliano, emperador de México.
Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, D. C., USA.

junta con Inglaterra. El emperador francés, como él mismo lo dice, no desea “sacarle las castañas del fuego” a la Gran Bretaña, país que también puede obtener ventajas considerables de la consumación de la independencia sureña, pero que a todas luces desea evitar el riesgo de acarrearle la hostilidad estadounidense a causa del otorgamiento del reconocimiento. Esta postura hace la labor de Slidell difícil y frustrante. El agente confederado hace lo que puede para socavar el acuerdo franco-británico de mantener una posición común hacia la Guerra Civil, y machaca incesantemente ante el gobierno francés el argumento de que el bloqueo marítimo impuesto por el norte es “de papel”

—es decir, basado en una declaración y no en poder naval real— y, por tanto, completamente ilegal. El bloqueo, insiste Slidell, a la larga beneficiará sólo a Gran Bretaña, pues mientras que la industria textil francesa sufre las consecuencias de la escasez de algodón, Inglaterra tiene acceso a fuentes alternativas de la fibra dentro de su imperio, sobre todo en la India. Si a esto se suma el hecho de que la república sureña será una barrera de protección para el Imperio Mexicano, entonces es evidente que los intereses de Francia están mucho más comprometidos con la independencia confederada que los de Inglaterra. De ahí la necesidad de que Francia actúe sin consultar otros intereses que los propios. Sin embargo, pese a la insistencia de Slidell en estos argumentos y en muchos otros que no cabe mencionar pero que apuntaban a la misma conclusión, lo único que logra es un trato cordial y respuestas ambiguas.

En realidad, el curso de ambigüedad seguido por el gobierno francés le reporta ventajas muy significativas. Al mantener abierta la posibilidad de otorgar el reconocimiento oficial a los confederados, pero sin llegar nunca a verificarla, Napoleón evita que Washington tome una postura más agresiva con respecto a la intervención en México. En Estados Unidos, entretanto, el secretario de Estado Seward comprende que una actitud militante en la afirmación de la doctrina Monroe sólo servirá para aumentar la probabilidad de que Francia reconozca al gobierno sureño. Por tanto, en septiembre de 1863, ante la inminente fundación del imperio, pide a William Dayton, su ministro en Francia, que afirme que Estados Unidos se abstendrá de cualquier participación en los asuntos domésticos de México. Aunque Dayton también debe subrayar la firme convicción de su gobierno de que la “civilización americana” es esencialmente republicana y que, por tanto, considera muy improbable el éxito de cualquier intento de contravenir esta disposición casi “natural”, el mensaje que debe transmitir es que su gobierno no hará nada para impedir la creación del imperio. Tal como lo expresa el mismo Dayton, “no podemos darnos el lujo de una guerra con Francia por el quijotesco propósito de ayudar a México”.⁴⁵

45 Jorge L. Tamayo (ed.), *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, México, SPN, 1965, v. 8, p. 209-210; James Morton Callahan, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, Nueva York, The Macmillan Co., 1932, p. 296.

En esta forma, las circunstancias se conjugan para que Francia y la Unión alcancen un arreglo tácito muy equilibrado. Ambos sacrifican parte de sus intereses, pero obtienen algo valioso a cambio: la continuación del aislamiento diplomático de los rebeldes sureños, por un lado, y la oportunidad de poner en marcha el experimento imperial en México sin enfrentar más resistencia que la que los mismos liberales mexicanos puedan oponer, por el otro. Con este arreglo, tanto el gobierno de Lincoln como Napoleón III ganan tiempo y la oportunidad de aguardar sin complicaciones mayores el desarrollo de los acontecimientos; sólo con el tiempo se sabrá quién será el vencedor de la Guerra Civil y si los conservadores mexicanos, con el auxilio de las tropas francesas, serán capaces de eliminar la resistencia al experimento imperial.⁴⁶

En marzo de 1864, Maximiliano se detiene en París para ver a Napoleón y afinar los últimos detalles antes de partir hacia México. Slidell quiere aprovechar la oportunidad para entrevistarse con él, preguntarle cuál sería su política hacia la Confederación y, de ser posible, arrancarle la promesa de que su gobierno reconocerá a la república sureña. Sin embargo, Maximiliano no quiere verlo. Slidell infirió de inmediato que la reticencia del archiduque se debe a una línea de política exterior trazada ya por Napoleón, quien, empieza a ser claro, no tiene intenciones de reconocer oficialmente a la Confederación hasta que su independencia sea un hecho consumado, cosa que no sucederá.⁴⁷

El fin de la Guerra Civil: el imperio y los Estados (Re)Unidos, 1865-1867

En abril de 1865, el general Robert E. Lee y el ejército del norte de Virginia se rinden y con ello ponen fin al intento del sur por fundar un Estado-nación independiente. Después de cuatro años de lucha, los estados meridionales están devastados; su antes próspera economía de plantaciones está completamente desmantelada y sus ciudades e infraestructura productiva y de transportes están en ruinas. Los 4 000 000 de esclavos negros que previamente sostenían la economía regional son ahora libres. Sin embargo, el lugar de los libertos en el orden social sureño queda todavía por definirse, al igual que el

46 Frank L. Owsley, *King Cotton Diplomacy...*, p. 536-537; Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera...*, p. 126.

47 Gerardo Gurza Lavalle, *ibid.*, p. 125-126.

papel del gobierno federal en esa definición. Tampoco resulta claro cuándo y bajo qué condiciones los antiguos confederados recuperarán sus derechos políticos, ni los requisitos que los estados secesionistas tendrán que cumplir para ser aceptados nuevamente en la Unión como miembros con plenos derechos. Daba inicio el periodo de la llamada Reconstrucción, quizá menos duro que la guerra, pero plagado de problemas de muy difícil solución, tanto para el gobierno como para amplios sectores sociales. En el ámbito político, el asesinato de Lincoln el 15 de abril de 1865 y su sustitución a cargo de Andrew Johnson, un hombre obstinado y de juicio estrecho, no representa un buen augurio.

Las circunstancias internacionales que propician el *modus vivendi* entre Francia y Estados Unidos cambian significativamente con la derrota confederada, si bien no alcanzan a dar un giro completo. Con la situación doméstica bajo control, la necesidad de una política exterior tímida y cautelosa ya no es tan apremiante para Estados Unidos. De hecho, para muchos observadores entusiastas —Matías Romero y varios liberales mexicanos entre ellos— ha llegado el momento de que Washington llame finalmente a cuentas a Napoleón y le exija la retirada de sus tropas de México. De la misma opinión son varios políticos estadounidenses y algunos oficiales del ejército que desde un principio lamentan la inmovilidad internacional a la que el conflicto doméstico ha forzado a su gobierno.

Uno de los propugnadores más entusiastas de medidas enérgicas para expulsar a los franceses de México es el general Ulysses S. Grant. Comandante en jefe de los ejércitos de la Unión en la última etapa de la contienda civil, Grant gana mucha popularidad gracias a la victoria sobre el sur, y ocupa un lugar muy prominente en la escena pública desde la rendición confederada. Grant también lucha en la Guerra del Cuarenta y Siete y de esa experiencia conserva un vivo interés por los acontecimientos mexicanos. El general y futuro presidente piensa que la contienda entre el norte y el sur no terminará de manera definitiva hasta que las tropas francesas abandonen México. La Guerra Civil y la Intervención Francesa le parecen estar indisolublemente unidas, y la fuga de muchos confederados recalcitrantes hacia México, y su deseo de enlistarse en el ejército imperial, le inspiran la certeza de que la rebelión sureña no será derrotada cabalmente hasta que se elimine la presencia francesa en México. De ahí que Grant esté convencido de que para asegurar una paz definitiva, tanto en el ámbito doméstico como en el internacional, es necesario intervenir militarmente en México, y que lo mejor es



Figura 52. Fotografía del general Ulysses Grant.
Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, D.C.

hacerlo pronto y no esperar a que el régimen de Maximiliano pueda consolidar su posición.⁴⁸ (Véase figura 52.)

Las opiniones de Grant son compartidas por un núcleo de oficiales del ejército, políticos importantes y muchos órganos de la opinión pública —algunos de ellos alimentados con frecuentes artículos del puño de Matías Romero—, pero no por William Seward, quien continúa a cargo del Departamento de Estado hasta 1869. Para Seward y otros miembros del gabinete presidencial, la reconstrucción del país se muestra como una tarea suficientemente di-

48 William E. Hardy, “South of the Border: Ulysses S. Grant and the French Intervention”, *Civil War History*, v. 54, 2008, p. 66-67; Dexter Perkins, *Historia de la doctrina Monroe...*, p. 112.

fácil y compleja como para buscar problemas adicionales en el ámbito externo. Estados Unidos acaba de superar una larga y costosa guerra y muchos consideran una locura propiciar fricciones con Francia. Por otra parte, Seward también piensa que Napoleón ordenará el retiro de sus tropas en el mediano plazo si se le deja una salida honorable y decorosa. Desde su perspectiva, cualquier medida de fuerza o incluso las amenazas francas de usarla sólo ayudarán a convertir la intervención en México en un asunto de honor nacional para los franceses, fortificando su resolución de permanecer en dicho país. De este modo, aun después de la Guerra Civil, la división básica entre los que desde el principio de la intervención francesa desean la afirmación de la doctrina Monroe y los que prefieren un curso de acción más cauto muestra una continuidad considerable.⁴⁹

Pese a gozar de influencia indudable en los círculos políticos, Grant no logra superar la oposición de Seward, quien gracias a su posición en el gabinete y a su cercanía con el presidente Andrew Johnson puede mantener una línea de política exterior acorde con su propia visión. A los pocos días de asumir la presidencia, Johnson hace declaraciones de franco rechazo a la intervención francesa, e incluso manifiesta en una entrevista con Matías Romero que buscará la manera de ayudar a México. No obstante, la atención del presidente pronto se ve completamente absorbida por los numerosos problemas domésticos, y debido a ello deja mano libre a Seward para resolver todas las cuestiones de política exterior.⁵⁰

Grant, sin embargo, aprovecha su mando en el ejército para tomar algunas iniciativas de manera independiente. En este esfuerzo recibe la colaboración y el estímulo del infatigable Romero, quien continúa cultivando su relación con los opositores de Seward y redobla su campaña informativa y de propaganda en contra de la intervención francesa. Al conocer sus opiniones sobre los asuntos mexicanos, Romero se acerca a Grant esperando obtener su apoyo y a partir de ahí se desarrolla una relación de amistad bastante estrecha entre ambos personajes. En mayo de 1865, el general ordena la concentración de una fuerza de más de 30 000 efectivos a lo largo de la frontera texano-mexicana. El propósito ostensible de este movimiento de tropas es evitar que más soldados confederados puedan exiliarse en México, pero en realidad lo

49 William E. Hardy, "South of the Border...", p. 70-71, 74-77; Thomas D. Schoonover, *Dollars over Dominion...*, p. 192-193; Dexter Perkins, *Historia de la doctrina Monroe...*, p. 114-117.

50 Thomas D. Schoonover, *Dollars over Dominion...*, p. 179-180.

que pretende es hacer una demostración de fuerza en la frontera y tener tropas listas en el área para entrar en acción. En el transcurso de los meses siguientes, las fuerzas de estadounidenses en la ribera texana del Bravo llegan a sumar cerca de 50 000 hombres, casi doblando la cantidad de soldados franceses destacados en todo México en ese momento.⁵¹

Poco después, en una reunión con el presidente Johnson y su gabinete, Grant sugiere abiertamente que se dé un ultimátum al gobierno francés en el sentido de que abandone su proyecto mexicano o se atenga a las consecuencias, es decir, una guerra con Estados Unidos. Como ya se indicó, este curso de acción se deja de lado y la administración favorece la política más prudente de Seward. No obstante, Grant y Romero discurrieron un plan para crear un cuerpo de voluntarios estadounidenses que pueda cruzar la frontera y unirse a las fuerzas juaristas. Dicho contingente estaría formado por veteranos tanto del ejército federal como de la extinta Confederación, y se pondrá a un general unionista de reconocido prestigio al mando. El nombramiento recae en el general John M. Schofield, quien acepta gustoso. El plan tiene la aprobación informal y tentativa del presidente Johnson y de Edwin Stanton, el secretario de Guerra. Sin embargo, el plan se frustra debido a la intervención de Seward, quien disuade a Schofield de aceptar el mando, convenciéndolo en su lugar de marchar a París en una misión diplomática.⁵²

De este modo, los esfuerzos de Grant y Romero para lograr una intervención armada por parte de Estados Unidos resultan infructuosos. Mejor suerte tienen los intentos de proporcionar armas a las fuerzas liberales. Grant da instrucciones a los oficiales a cargo de la línea fronteriza para que sitúen el arsenal confiscado a los confederados del sur de Texas en lugares donde los liberales mexicanos puedan apoderarse de él fácilmente. Por este medio, una cantidad importante de armas y pertrechos llega a manos de las fuerzas juaristas. Asimismo, al fin de la Guerra Civil se logra un relajamiento relativo de las disposiciones aduanales que habían impedido la exportación de armas a México. El gobierno de Juárez nombra varios agentes para comprar armamento y exportarlo a México. Agentes como Plácido Vega y Herman Sturm tienen un éxito considerable en esta empresa; el primero logra embarcar desde San

51 William E. Hardy, "South of the Border...", p. 72-75. Durante los primeros meses de 1865, había 27 000 soldados franceses en México. Egon Caesar Corti, *Maximiliano y Carlota...*, p. 335.

52 William E. Hardy, "South of the Border...", p. 75-80.

Francisco más de 15 000 rifles entre 1865 y 1866; mientras que el segundo logra poner en manos de los liberales más de 20 000 rifles y más de 1 000 000 de cartuchos, además de algunas piezas de artillería y otros pertrechos. Es muy probable que estas armas hayan contribuido a la notable mejora del desempeño militar de los liberales a partir de los primeros meses de 1865.⁵³

Seward, por su parte, aunque decidido a evitar cualquier medida que pueda resultar en un enfrentamiento con Francia, empieza a tomar otras acciones para incrementar la presión sobre el gobierno francés. Una de esas medidas es la designación de John A. Logan como ministro plenipotenciario en México. Logan es bien conocido por sus acerbas críticas a Napoleón III y Seward estima que el nombramiento será bien recibido por sus oponentes domésticos, por una parte, e interpretado por los franceses como un signo claro de que la paciencia de Washington tiene límites, por la otra. El secretario de Estado también instruye a su ministro en París a que señale a sus interlocutores que el gobierno estadounidense es de carácter popular, y que, tomando en cuenta que el ánimo público es completamente contrario a la presencia de bayonetas francesas en el país vecino, es inevitable que ese sentir se vea reflejado en las políticas oficiales tarde o temprano.⁵⁴

Al tiempo que Seward empieza a aumentar la presión, la combinación de una serie de factores modifica también paulatinamente la postura de Grant y de otros políticos y militares de actitud beligerante, haciendo cada vez más improbable la intervención directa de tropas estadounidenses en territorio mexicano. Después de una retirada casi constante desde mayo de 1864, las fuerzas liberales mexicanas empiezan a recuperar terreno y en el transcurso de 1865 retoman plazas importantes en el norte y el occidente de México. En Francia, mientras tanto, la oposición doméstica a la presencia de tropas en México se manifiesta cada vez con más fuerza. Asimismo, en el escenario estadounidense, las políticas excesivamente blandas y conciliadoras de Andrew Johnson hacia los estados sureños despiertan una oposición notoria en muchos sectores y desvían la atención de Grant y de otros interesados en los asuntos de México hacia la esfera doméstica. La complejidad del proceso de

53 Robert Ryal Miller, *Arms across the Border: United States Aid to Juárez during the French Intervention in Mexico*, Filadelfia, American Philosophical Society, 1973.

54 William E. Hardy, "South of the Border...", p. 80; Thomas D. Schoonover, *Dollars over Dominion...*, p. 192.

Reconstrucción, y las intensas pugnas y divisiones políticas que ese proceso ocasiona, restan visibilidad y prioridad a los acontecimientos mexicanos.⁵⁵

La percepción de que la presencia francesa ya no representa una amenaza tan patente es reforzada de manera definitiva cuando Napoleón III, a principios de 1866, anuncia oficialmente del retiro gradual de sus tropas. De hecho, el último contingente de soldados galos abandonará territorio mexicano un año después. La pérdida del apoyo armado francés deja pocos recursos y capacidad de resistencia al ejército imperial, y la victoria definitiva del bando liberal se produce en mayo de 1867 con la toma de la ciudad de Querétaro y el apresamiento de Maximiliano, quien poco después es ejecutado.

El desenlace de la intervención francesa da la razón a Seward; a fin de cuentas, un curso de acción más paciente, sutil y diplomático resulta más económico y efectivo para lograr la retirada francesa. Sin embargo, como sugiere un estudio reciente, la beligerancia de Grant y de otros personajes públicos, así como la presencia de tropas norteamericanas en la frontera, surten también un efecto positivo, pues dejan en claro que el prospecto de un enfrentamiento con Estados Unidos no es completamente remoto e inciden en la conducta del gobierno francés.⁵⁶ Por otra parte, puede decirse que la manera en que termina la intervención es positiva también para México. Es imposible saber cuál habría sido el resultado de un triunfo liberal obtenido gracias al apoyo armado de Estados Unidos, pero es muy significativo que el mismo Juárez abrigara serias reservas en cuanto a las posibles consecuencias para la independencia mexicana de una intervención de esa naturaleza, si bien, ante la urgencia de su situación, se había mostrado dispuesto a ponderar proyectos de ese tipo.

La conclusión de la Guerra Civil en Estados Unidos tiene consecuencias profundas y duraderas. La derrota del sur produjo la desaparición de la esclavitud y resuelve el largo debate en torno a la soberanía y la primacía de autoridad a favor del gobierno federal. Además, éste será completamente dominado por el ala norteña del Partido Republicano durante los siguientes años, lo cual, aunado al creciente predominio económico del norte, da mayor uniformidad al curso seguido por Estados Unidos en el último tercio del siglo XIX.

En México, el triunfo de los liberales en 1867 también es definitivo para el curso histórico posterior del país: el proyecto conservador queda cancelado

55 Egon Caesar Corti, *Maximiliano y Carlota...*, p. 378-380; Eric Foner, *Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863-1877*, Nueva York, Harper & Row, 1988.

56 William E. Hardy, "South of the Border...", p. 85

y serán los liberales los encargados de fijar el rumbo, el cual se orientará hacia la construcción de un Estado más fuerte y centralizado, y en el que el ejemplo de desarrollo económico estadounidense seguirá siendo un punto de referencia fundamental. Para algunos conservadores desencantados, como Francisco de Paula Arrangoiz, la derrota del imperio y el predominio liberal en el gobierno mexicano marcan el principio del fin para México, quien ya no contará jamás con el contrapeso europeo para frenar a los Estados Unidos. Arrangoiz vaticina que “la caída del Imperio es la señal de la desaparición completa de la independencia de la República Mexicana; no han de pasar muchos años sin que continúe la obra de 1848, por los estados de Sonora, Chihuahua, Durango, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas... la ocupación del resto de México será obra más lenta: los americanos [...] quieren los terrenos, pero no la población; no quieren vivir, no ya con los indios y las castas, sino tampoco con blancos de la raza latina: ha de preceder la destrucción de esta a la ocupación de todo México”.⁵⁷

Arrangoiz da así testimonio de los temores y el desencanto que la caída del imperio inspira a los conservadores, pero no es muy atinado en su augurio. Más que iniciar una etapa de continuidad con el periodo anterior, 1867 inaugura un panorama distinto para las relaciones que ambos países sostendrán en el futuro. El tema del territorio y de posibles cambios en la línea fronteriza pierde el papel central que había ocupado en el trato binacional desde 1822. Del mismo modo, por obvias razones, los efectos de la pugna entre el norte y el sur no se notarán ya en el trato diplomático. Del lado mexicano, los conservadores desaparecen de la escena política y la agenda exterior de la República restaurada reflejará la visión y los anhelos de los liberales, quienes, pese a algunas opiniones divergentes y ciertos temores residuales al expansionismo, tratarán de explotar las ventajas económicas de la vecindad.

57 Francisco de Paula Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, México, Porrúa, 1968, p. 878.